

The Project Gutenberg EBook of Impresiones, Poesías, by Jose Campo-Arana

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.net

Title: Impresiones, Poesías

Author: Jose Campo-Arana

Release Date: July 17, 2005 [EBook #16319]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

• START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK IMPRESIONES, POESÍAS ***

Produced by Afra Ullah, Pilar Somoza and the Online
Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

IMPRESIONES

POESÍAS

DE

JOSÉ CAMPO-ARANA

CON UN PRÓLOGO

DE DON CÁRLOS COELLO

MADRID

LIBRERÍA DE M. MURILLO

CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 18

1876

AL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO ROMERO Y ROBLEDO

_Debo á usted lo poco que soy y atenciones que con nada
podré pagarle: por gratitud y por cariño, coloco su nombre al frente de este tomo de poesías._

JOSÉ CAMPO-ARANA.

Madrid 29 de Diciembre de 1875.

PRÓLOGO.

I.

La aparición de las poesías de Don José Campo-Arana, es una de tantas respuestas victoriosas como la realidad ofrece diariamente á los empeñados en la triste tarea de probar al público que atravesamos un período

de paralización y esterilidad artística; privando al talento del entusiasmo y de la fé, únicos estímulos que para él dejan á nuestra desangrada patria los que más prosaica y ventajosamente la explotan.

No hay que negarlo; los mercaderes están aposentados en el templo del arte, y el público se hace su primer cómplice concediendo decidida protección á todo lo malo y escatimándola á todo lo bueno: lo que vive cuando todo conspira á su muerte, tendrá desgracia sin duda, pero no puede decirse con fundamento que carece de vitalidad.

El arte vive, y vive tan sólo de sí mismo en nuestra sociedad indiferente, aturdida, ávida siempre de sensaciones y embotada para los sentimientos. Nada puede el arte esperar de ella: ella, por el contrario, debe esperarlo todo de él. El arte regenerará á quien le abandona; el arte enseñará á pensar á quien los hechos no inspiran una reflexión; el arte enseñará á sentir á quien las desventuras que directamente no le tocan, arrancan tan pocas lágrimas.

El arte alienta y crece en España como una flor fragante entre pavorosas ruinas; y esto no es menester probarlo: basta con tomarse el sencillo trabajo de verlo.

Nuestros pintores, aún después de muertos Rosales y Fortuny, hacen el primer papel en los talleres de Roma, en los mercados de París y Londres; y si consiguen sobreponerse á las exigencias de una moda estúpida, que tiende á empequeñecer el tamaño y el asunto de sus concepciones, los nombres de Velázquez y Murillo no serán los únicos que pronuncie la posteridad con cariñoso respeto.

La música, desde que Gaztambide, Barbieri y Monasterio echaron sobre sí la difícil tarea de descubrir á nuestro filarmónico pueblo tesoros para él ignorados, ensancha su esfera de acción en España. Marqués coloca sus inspiradas sinfonías, sin extrañeza de nadie, con aprobación de todos, al lado de las de Mozart y Beethoven, y Arrieta y Caballero engrandecen poco á poco la zarzuela para que, en día no lejano, la noble aspiración de la ópera española se convierta en hermosa y firme realidad.

Aunque la escultura no hubiera producido en nuestra época otra cosa que la estatua, tan bien concebida como ejecutada, del torero moribundo, que tanto nos hizo admirar y sentir en la última exposición, y los nombres de Ponzano, Suñol, los Vallmitjana y tantos otros no gozaran de reputación europea, aquel atrevido intento, aquella estética innovación, sería triunfo suficiente para la gloria de la más ingrata de las artes.

En cuanto á la literatura... La grandeza del cuadro impone y espanta, pero su hermosura atrae y hace irresistible el deseo de ensanchar el ánimo con el placer de su descripción.

En el centro, en la cumbre del lienzo, se destaca una figura amable, sonriente, serena, que goza en vida de la estimación y de la fama que la muerte concede á tan pocos: es un anciano en cuya mirada brillan juntamente el talento y la bondad con la misma fuerza, en cuya sien los laureles son tantos como las canas venerables: es el autor de *Los Amantes de Teruel* y de *La Ley de raza* y de *las Fábulas* y de *Los Cuentos*: es D. Juan Eugenio Hartzenbusch. La época literaria que le cuenta dentro de sí, que le mira como su patriarca y aún le ha contemplado recientemente lanzar destellos dulces y puros como los de un sol de primavera en su ocaso, no puede ser acusada de esterilidad; tiene que ser respetada, si no envidiada, de cuantas le sigan en la sucesión de los tiempos.

Al lado de D. Juan, y rodeándole con cariño, hay tantos, que nombrarlos á todos, aún teniéndolos presentes, es empresa mayor de lo que parece á primera vista. Ved allí á D. Antonio García Gutiérrez, al ilustre veterano del teatro español, á quien los años parecen rejuvenecer el alma; que todavía dá, que todavía ha de dar muchas obras á la escena que honró con el *Trovador* y con *Juan Lorenzo* (drama superior al público que creyó juzgarlo y se condenó á sí mismo), para gloria suya y aliento y enseñanza de la juventud, que reza sus versos como las ancianas las oraciones de sus devocionarios. Ved más allá á Manuel Tamayo y Baus, que no contento con la reputación que basta á todos los hombres, ha querido conquistar dos, y tomando el

pseudónimo de Joaquín Estébanez, ha acometido y llevado á cima con *Un drama nuevo* la temeraria empresa de eclipsar al autor de *Virginia* y *La Locura de amor*. Junto á él y cogidos de sus manos, como un hermano afectuoso el uno, como un maestro y un padre el otro, están Manuel Cañete y D. Aureliano Fernandez-Guerra... Manuel Cañete, el poeta inspirado y elegante, el restaurador de nuestro primitivo teatro, el crítico á quien la fuerza, la violencia del amor á lo bello encarnado en su espíritu, le obliga hasta á ser cruel y despiadado con lo malo; Fernandez-Guerra, el sabio infatigable, el sabio poeta, á quien acusan de soñador en sus juicios los que no comprenden que, á veces, tiene que inventarse cosas que no sepa para estudiarlas, porque cuanto humanamente se puede saber está ya tan bien colocado en su cerebro como los libros en una biblioteca. Esforzad, esforzad la turbada vista y descubriréis más rostros conocidos y simpáticos. Rosell, el docto Rosell, cuya prosa sólo puede rivalizar con sus versos; Escosura, siempre elocuente en sus escritos, siempre chistoso en su conversacion, siempre benévolo con la juventud de que eternamente formará parte; Arteche, el severo, inimitable historiador de la *Guerra de la Independencia*, el narrador ameno de la vida de *Un soldado español de veinte siglos*; Valera, el naturalmente correcto autor de *Pepita Gimenez*; Campoamor, el que hasta nombre ha tenido que inventar para su poesía, tan singular y extraña como avasalladora del ánimo y de la atencion; Oliván, el hablista rival de Cervantes y de Moratin, el que posee en su pluma una varita mágica que hace brotar poéticas flores sobre los problemas económicos y sobre las leyes agrícolas; Balart, el ingenioso crítico que vuelve sobre su olvidada pluma para terror de los poetas chirles, para regocijo de los que arrancan un elogio á su censura severa y sana; Canalejas, el ameno preceptista; Selgas, el incansable rebuscador de retruécanos y paradojas, el terrible censor de las modernas costumbres; Nuñez de Arce, el viril cantor de las angustias de la patria; Silvela, el fino y cáustico Velisla; Frontaura, el ingeniosísimo retratista del pueblo; Luis Guerra, el biógrafo, el vengador del autor insigne de *La verdad sospechosa*; Castro y Serrano, el que fué á Suez sin moverse de Madrid, el que escribió las *Cartas transcendentales*, y *La Capitana Cooch* y *Las Estanqueras*; *Alarcon*, el Testigo de la guerra de África, el viajero *De Madrid á Nápoles*... Mil más que convierten el grupo de los escritores que tienen ya basada en sólido cimiento su reputacion, en un inmenso océano de cabezas.

A su lado, y como huyendo avergonzados de la compañía de los demás, nos muestran la espalda los tráfugas de la literatura; los que van á buscar en la política, más que el nombre que su natural disposicion les brindaba, un descrédito probable por el pronto, y, á la larga, el anatema ó el olvido.

No es insignificante el número de los que en otro extremo del cuadro se impone al cansancio de nuestros ojos con la viveza y animacion de sus figuras. Echegaray, el hombre de ciencia, el político, aparece en primer término al frente de la alborotada multitud de los Zapata, los Herranz, los Sanchez de Castro, Gaspar, Calvo y Revilla, Barrera, Valcárcel, Bustillo, Balaciart, etc., etc., etc., trocando el compás por la pluma, y trasformándose de un golpe en el autor dramático más atrevido de su época.

Vedlos á todos, entusiastas soldados del arte, escalar las ásperas alturas que guian á la cumbre donde se asienta el templo de la Fama, enardecidos por la fé que rebosa en sus almas, por la hermosura de la conquista, y no ménos que por todo eso, por las voces del ilustrado y benévolo Navarrete, del ático Sanchez Perez, del tan discreto como bilioso Revilla, del juicioso y noble García Cadena, del entusiasta Alfonso, del concienzudo Cortázar.

¡Estéril el período literario que atravesamos! ¿Vale la pena tan peregrina acusacion de que nos ocupemos de ella un momento más?

II.

Hace algunos años, ofrecía la Plaza de Santa Ana un aspecto muy distinto del que ahora presenta; y, sin duda porque el que estas líneas escribe la contemplaba entónces con los aduladores ojos de la adolescencia, infinitamente más bello. Verdad es que la fachada del teatro Español no ostentaba los primores del revoque moderno, que confunde en sabrosísimo consorcio los edificios públicos y los platos de huevos moles adornados de clara batida, donde las Góngoras lucen la habilidad de sus manos para delicia de los fieles

golosos; verdad es que aquella tierra inculta no se había engalanado todavía con la improvisada exuberancia de la naturaleza municipal; pero no es ménos cierto que la Plaza de Santa Ana, sin sus tenduchos de madera en que los gorriones morían tan rabiosos y desesperados como Werther, en que los grillos se ensayaban para cantar zarzuela, en que los titís y las cacatúas daban con sus asquerosas miradas y con su coquetismo, abundantes pruebas de que los vicios y flaquezas son lo que más une al hombre con los animales; sin todo eso, repito, la Plaza de Santa Ana será todo lo que se quiera... ménos la Plaza de Santa Ana. ¿Quién, cuando muchacho, no se ha extasiado ante aquellos destartalados cajones? ¿Quién, por el módico precio de dos cuartos, no ha comprado, al mismo tiempo que la pobre víctima, el cargo de verdugo, ejercido con tanta inocencia como resolución? Yo sé de un niño (cuyo nombre reservo para no ofender la modestia y resucitar los remordimientos en quien ya es hoy un hombre muy barbudo y que peina canas); yo sé de un niño que, al cumplir los nueve años, repasó la lista de sus *aviciidios*, y, ménos sanguinario que Tenorio, sintió profundo arrepentimiento y vivo deseo de enmendar de alguna manera sus crímenes, y ya que no pudo decir aquello de

Si buena vida os quité,
buena sepultura os dí...

porque los cadáveres se habían extraviado por el garguero del gato de su casa, pidió á su padre (no al padre del gato, al marido de su madre) dinero para comprar todos los billetes de la próxima extracción de lotería; medio ingenioso que había imaginado el infante para sacar el premio gordo, comprar con él todos los pájaros de la Plaza de Santa Ana, y en un día y una hora darles libertad.

¡Dulce, encantadora edad de la infancia, en que lo feo es bonito, toda ambición posible, y hasta los remordimientos se presentan con forma cómica!

En un ángulo de la plazuela, se alzaba por el año de 1868, y debe alzarse todavía (el regente de la imprenta no me dá tiempo para averiguarlo), una casa de tres pisos y un solo balcon en cada uno, propiedad de una maestra de niñas, que tenía *amiga* en la calle de Belén, y que, para cierto objeto que más adelante se dirá, cayó en gracia (el cuarto, no la maestra,--esto de escribir de prisa tiene muchos y graves inconvenientes) á unos cuantos jóvenes, escritores unos, que no escribían; estudiantes otros, que no estudiaban, y empleado alguno, que empleaba el tiempo en no asistir á la oficina. Aquel cuarto, tan reducido que bien hubiera podido llamarse ochavo, constaba de un pasillo estrecho, que parecía ancho á fuerza de ser corto, un gabinete donde bien podían caber seis personas de pié, pero incómodamente, y un balcon á la _plaza de los pájaros_.

Cuando los mancebos en cuestión se dirigieron á su propietaria y le manifestaron el atrevido pensamiento de alquilarlo, la ilustrada y nariguda maestra de niñas estuvo indecisa largo tiempo: el que ellos tardaron en reunir, escudriñando y vaciando los bolsillos de todos, la escasa cantidad á que montaba el mes adelantado y el de fianza. Sin embargo, sus temores, que entónces ni siquiera sospecharon los inquilinos, eran injustos y probaban que la maestra de niñas sabía más de lo estrictamente necesario para dar buena educación á unas cuantas señoritas. Aquella habitación se había alquilado para trabajar; para,--huyendo de llores de niños y cánticos de criadas en las respectivas casas de los mozaletes, y de la inspección más bien intencionada que rígida de la familia,--dedicarse á lo que formaba todo su encanto: emborronar cuartillas y hacer artículos que se insertaban de balde en el *Cascabel* ó en el *Museo Universal* (y resultaban caros), componer versos indignos hasta de los periódicos de modas, dramas destinados á ser rechazados por todas las empresas, y otras hazañas por el estilo.

¡Cuán dichosa tarde, aquella en que sentados en el suelo al rededor de una silla de Vitoria, ante una humeante ponchera, se inauguró lo que desde luego fué bautizado con el poético nombre de *El Nido*, y se acordó por unanimidad la conveniencia de amueblarlo... si la próxima sesión había de levantarse con pantalones completos. Uno llevó las sillas al día siguiente (¡cuántas noches debió soñar el sillero con que se había ido á Sevilla!); otro una máquina de café; otro una colección de retratos de hombres célebres; otro una pipa para fumar él y llenar el cuarto de peste y de humo, asegurando que así lo calentaba, y otro una estera de verano, aprovechando la circunstancia de ser invierno,--con lo cual lograron hacerse en Diciembre la ilusión de estar

en Agosto y llegar á Junio con la estera tan rota, que con barrer un poco quedó hecho el desestero.

La vida de los habitantes del *nido* era tan dulce como la de todos los que esperan, como la de todos aquellos para quienes en el despacho del teatro de la ilusion no ha aparecido aún el fatídico letrado de «No hay billetes.» Casi todos eran republicanos, y no eran más, porque no habia más que ser; y el único decididamente afiliado en el partido conservador, pensaba con seriedad en la conveniencia de escribir un drama político-filosófico-social probando que los casamientos de Estado son una infamia intolerable, que un rey debe casarse por amor y dar su mano á una fregona de palacio, si ésta, con la bondad de sus prendas y la belleza de su palmito, ha logrado inclinar el ánimo de S.M. desde las ventanas de la régia cámara hasta los respiraderos de las régias cocinas.

Todos los habitantes del *nido* eran críticos entónces (apenas habian escrito nada que valiese algo todavía), y á haberles conocido las empresas, les hubieran prohibido la entrada en sus teatros las noches de estreno. Siempre recordaré (eternamente impreso lo tendrá alguno de aquellos jóvenes... en la mejilla izquierda) el lance acontecido la noche que por primera vez se representó cierta bufonada en el coliseo de Jovellanos. Los carteles anunciaron el desafuero contra el arte, y aquella alborotada juventud se posesionó del centro de la galería baja, dispuesta á vengar las injurias que, no sin razon, daban de antemano por inferidas á su ídolo. El público sensato se mostraba descontento, los *alabarderos* aplaudian más furiosamente á medida que perdian la esperanza de vencer en aquella jornada, y su jefe, hartó ya de oír los dicterios que contra la pieza proferia el más procaz de los habitantes del *nido*, encaróse con él, y díjole:--«¿Cuántos años tiene usted, caballero?»--«Quince, para servir á usted,» contestó el interrogado con un aire que desmentia lo compuesto de las palabras.--«Y ¿no le gusta á usted esta obra?» tornó á preguntar el jefe de alabarderos.--«Nó, señor,» tornó á contestar aquél, y añadió acto contínuo:--«Y á usted ¿le agrada?»--«A mí me parece una obra muy aceptable,» repuso el imprudente amigo de la empresa. Nuestro jóven le miró de alto abajo, y exclamó:--«Pues compadre, está usted adelantado, para la edad que tiene!» Frase que le valió un coro de carcajadas de todos los que le rodeaban, un tremendo bofeton del militar-paisano, y la probabilidad de pasar la noche en la prevencion con todos sus compañeros, que salieron bizarramente á su defensa.

Justo es decir que los que en ciertas ocasiones se mostraban implacables, eran cuando se estrenaba una obra de algun autor de merecido crédito, los que con más placer le palmoteaban y con más entusiasmo pedian su nombre.

Las ideas revolucionarias que los dominaban en política, los avasallaban tambien en literatura; y para ellos lo más exagerado era siempre lo mejor.

De resultas de una discusion comparando el romanticismo y el clasicismo, el busto de Molière salió desterrado del *nido*, y aún me parece leer sobre sus paredes la quintilla escrita con carbon un dia que se recordaron las burlonas censuras de Moratin al autor de *La vida es sueño*.

Os indignais sin razon
Contra ese ultraje tan ruin;
¿Puede, en ninguna ocasion,
Amenguar un MORATIN
La gloria de un CALDERON?

Los caractéres de los habitantes del *nido*, corrian parejas, por lo distintos, con los muebles de la salita. Todos, y esto era lo único en que se parecian, eran aspirantes á escritor; á excepcion de dos, cuyas obras habian sido aplaudidas por el público, y que sin tener en cuenta esa circunstancia, se dignaban mirar como compañeros á los demás. Era el más viejo, y era y es bien jóven aún, uno cuyo nombre es ya garantía para el público que asiste á los estrenos de sus obras, de que va á pasar una noche feliz: tanta es la habilidad con que sabe disponer la sencilla y natural trama de sus piezas: tanta y tan fina es la sal con que sabe aderezarlas y servir las

al público, su infatigable convidado. De mediana estatura, delgado, nervioso, su cabeza ocupaba casi una tercera parte de su cuerpo; quebrado el color, rayando en bilioso, un mechón de alborotados cabellos negros adornaba su despejada frente y entonaba la dureza de líneas de aquella nariz aguileña, de aquellas cejas desiguales que daban sombra á unos ojos en que la impaciencia, la sutilidad y la astucia eran tres amigas que continuamente caminaban del brazo. ¿No le conoces, lector? ¿No le has visto salir á escena estas noches? Es Miguel Ramos Carrion, el autor de *Un sarao y una soirée*, y de *La gallina ciega*, y de *Esperanza*, y del *Cuarto desalquilado*, y de *Los doce retratos*, y de *La mamá política*, y de una obra que se representará en breve y acabará de consolidar su reputacion.

Miguel ¡quién lo diría conociendo sus obras! era desgraciado: ya no lo es; ya su trabajo basta para sostener las cortas necesidades, la existencia preciosa de su madre, y el recuerdo del tiempo malo sólo puede ser para mi amigo el fondo negro, que no es triste, puesto que hace destacar la claridad del primer término. Miguel, luchando con innumerables contrariedades de todo género, escribía artículos, hacía versos para mil objetos distintos, traducía en tres días una pieza ó una zarzuela que solia representarse con ajeno nombre, y en vano pedía á los sucesos un momento de tranquilidad para hacer al fin algo más digno de sus envidiables facultades. Sus compañeros del *nido* se las reconocían á coro, sostenían su fé vacilante, y hoy sienten tanta felicidad por su suerte como orgullo por no haberse equivocado en sus pronósticos.

No puedo dejar de hablar de Ramos sin nombrar al que, unido constantemente á él, lo completa como la postdata á la carta en que falta algo. Me refiero á cierto estudiantillo de taquigrafía, asturiano de profesion, de alma de niño, de corazon de hombre, nacido para tener un amigo, y á quien todos desean tener por tal. Toribio Granda idolatra á Miguel Ramos como la madre quiere á su hijo, y le admira sinceramente y le gruñe sin cesar, y sufre más que él, que es cuanto se puede decir, la noche en que estrenan alguna obra,--obra que la noche del estreno es tan de Toribio como de Miguel;--que tiene tanta influencia sobre Ramos, que, á veces, hasta le hace trabajar.

Al *nido* pertenecía tambien otro pájaro que despues ha tomado vuelo por las regiones de la política, y sabe Dios hasta dónde llegará. Hasta donde quiera, porque, hoy como entónces, todos sus compañeros reconocen en él más talento que en ninguno y ménos discrecion para emplearlo y convertirlo en otra cosa que en un perro que muerde á su amo. Adolfo Malats era, al formarse el *nido*, cuando él no habia aún soltado el cascarrón, un muchacho rubio, largo, paliducho y ojeroso. En su mirada lánguida se veía continuamente prematuro cansancio: en su frente cubierta de pelo no se adivinaba la inteligencia, pero allí estaba, y esto es lo principal; en sus labios desdeñosamente plegados, una sonrisa fria helaba de pena á sus amigos, que le miraban hartos del mundo sin conocerle, incrédulo sin creerlo él mismo, holgazán con terrible trabajo, murmurador sin interés y perdiendo lastimosamente el tiempo con la serenidad del que se las echa á correr con un chiquillo y le dice:--«Anda, llévame un cuarto de hora de delantera, que yo te alcanzaré ántes de cinco minutos.» Adolfo Malats, la memoria más feliz, el juicio más hábil para tropezar en una cosa con el defecto, la imaginacion más ingeniosa del mundo, uno de los hombres que tienen más talento para encerrar un tomo en una frase, para estarse una semana contando cuentos que nadie sabe, era el año de la fundacion del *nido* un hombre de mucho talento que no habia encontrado todavía el sentido comun. Hoy sus palabras y su conducta parecen anunciar á la vez el hallazgo. Adolfo Malats era el aficionado á todo (pero el aficionado inofensivo, el que *no ejerce*); nuestro consultor, el que con un elogio, rarísimo en su boca, nos hacía felices. Hombre de condiciones buenas y malas más diversamente mezcladas, dudo que haya existido jamás; mejor amigo de sus amigos, corazon más noble para gozar con la felicidad ajena, alma más libre (y se comprende bien) de envidia por nadie ni por nada, eso sí puedo afirmar rotundamente que jamás ha existido.

Tipo bien opuesto al de Adolfo, es Andrés Ruigomez, el autor de *Silvestre del Todo*, que no sé cuándo acabará una preciosa novela de costumbres que en Francia haria su reputacion y su fortuna; que hoy, alejado de la literatura, entregado á las nobles tareas del foro, quizá le reserva la suerte una existencia más desahogada y tranquila que la de sus compañeros, si bien todos éstos la mirarán siempre como propia y creerán que en su querido Andrés han mejorado de fortuna. Andrés era el padre grave de la reunion; el padre grave por la seriedad de su cara, por lo reposado de su voz, por la entonacion verdaderamente forense con que ya entónces

explanaba sus originales teorías sobre arte, sobre política, sobre religion y sobre todo. Andrés se las echaba de hombre de mundo, y apenas era hombre mundano; Andrés se las echaba de hombre libre de preocupaciones, y hasta mucho despues de aquellos venturosos dias no ha logrado verse libre de la preocupacion de no tener ninguna; Andrés se las echaba de hombre formal, y él era el único que mientras hablaba conservaba la cara seria, resalte el mejor de sus chistes. Talento sólido y bien nutrido, sagaz observador y pintor felicísimo de costumbres, Andrés Ruigomez hubiera alcanzado en Francia, con aliento para sus primeros pasos y recompensa para sus primeros merecimientos, una reputacion no menor que la de Paul de Kock, á quien vence en la profundidad de las ideas y no cede en la fuerza del chiste.

Tipo bien opuesto tambien al de Adolfo, era el de otro personaje que no quiero bosquejar, para irme directamente á la figura principal de mi cuadro, que tambien se crió al calorcillo del *nido*: el autor del presente libro, mi querido amigo Campo-Arana.

III.

Don Quijote le llamaban sus compañeros; y hoy, que ya es todo un guapo mozo, no parecerá imprudente confesar que el mote le estaba como anillo al dedo. Y Campo recordaba á D. Quijote por algo más que por lo seco y desgarrado de su cuerpo, lo avellanado del rostro y el rumbo de los bigotes: por lo exaltado de su imaginacion, pronta en hacerle recibir como realidades sus sueños de cada momento, infatigable para persuadirle á creer que está en verso nuestra existencia, contra la opinion de un personaje de comedia del pobre Luis Eguílaz. Campo se ha pasado, y se pasa, y se pasará la vida (porque es el individuo del *nido* ménos sujeto á cambio), tomando por gigantes los molinos de viento, y por castillo la venta tan justamente antipática á Sancho Panza.

Campo era, de todos sus compañeros, el que ménos versos hacía y el más poeta sin duda alguna. Si el que escribe estos renglones no creyera firmemente que el artista es echado al mundo por Dios, ni más ni ménos que el ave, que siempre encuentra las yerbecillas que han de alimentarla mejor, creeria con no ménos seguridad que Campo-Arana era un talento perdido á quien habian faltado favorables condiciones de desarrollo. Pero quien repare un poco en la vida de los hombres notables que honran á la humanidad, comprende desde luego que Shakespeare, con una vida más tranquila, con una instruccion más sólida, quizás hubiese escrito dramas ménos gigantescos; que Moratin, nacido en el siglo XVII, acaso no hubiera tenido un talento bastante enérgico para salir de la oscuridad; que Hartzenbusch, ménos sabio y despues de arrojar en *Los Amantes de Teruel* todo lo que un hombre solo puede inventar, acaso hubiese valido ménos, mientras la musa inquieta y viva de Narciso Serra probablemente se habria muerto de fastidio en la fria, aunque sana atmósfera de una biblioteca. Campo es poeta de impresion; ha recibido impresiones, posee el don de expresar de una manera siempre clara y á menudo elegante sus pensamientos: Campo es lo que puede ser. No hay que indignarse con el pez porque no ande, si sabe nadar bien, ni echar en olvido la fábula de Iriarte, que nos presenta al ganso haciendo de todo un poco, y haciéndolo todo como quien era.

Campo no es un sabio; pero con que nadie se lo conozca en sus escritos, con que posea la principal sabiduría del hombre de letras (la de saber bien qué es lo que no sabe, para no hablar de ello), él tiene bastante y el lector de sobra.

Su primer maestro ha sido el mejor: la naturaleza vista á través del sentimiento propio. Algo ha modificado esa espontaneidad la influencia que sobre él ha ejercido la lectura frecuente de los poetas alemanes: influencia ménos perjudicial en Campo que en otros escritores, por ser ménos opuesta á la índole del talento de nuestro autor, á cuyo espíritu soñador y vago ha debido sucederle con las odas y baladas del inmortal autor del incomparable *Wallenstein*, lo que al viajante que hallándose en tierra extranjera, oye por azar palabras del habla nativa de labios de un natural del país.--Poeta dramático Campo, de no vulgares condiciones, siempre valdrá cien veces más como poeta lírico: así se nos presenta en su primera obra de importancia, el presente tomo de poesías, y así debe juzgársele. Bien ha hecho en bautizarlo con el nombre de *Impresiones*; difícil sería encontrar otro que le sentára mejor. Porque la poesía de Campo es eminentemente individual, verdaderamente

lirica. Así como en el drama el autor no debe aparecer nunca (mas que al final, cuando el público le aclame), el soneto, la oda, la elegía, son como la máscara por que hablaban los actores griegos y latinos con la voz natural, pero aumentada para que llegase á todos los ámbitos del anchuroso coliseo. Las impresiones de Campo-Arana, producirán impresiones en el lector. Casi cuantas contiene el tomo están inspiradas por un suceso real siempre, cuando ménos en la mente del poeta; con lo cual basta para que nazcan con la vida que sólo de la mente del poeta han de recibir. Por eso unas podrán leerse con ménos agrado que otras, pero ninguna con

indiferencia: por eso tambien nos sorprenderá la diversidad de su género, nos extrañará y hasta nos disgustará la diversidad, la oposicion de juicios y opiniones que se observa en ellas. Este tomo es la vida de su autor, cuyos sucesos pasan rápidamente á nuestros ojos, como cincuenta figuras distintas se reflejan á la vez una tras otra, en los continuos, diversos y paralelos espejos de un café. El autor no nos engaña; en su introduccion nos lo dice bien claro: allí hace su programa, y más adelante lo cumple... El lector debe darse por satisfecho: ¿qué más podria pedir un pueblo á su gobierno ó un distrito á su diputado?

He dicho ántes, y vuelvo á afirmarme en ello, que nadie leerá con indiferencia este tomo de poesías. Todos los que han vivido la existencia agitadaísima de nuestra sociedad, donde los sentimientos se tropiezan, se chocan, se confunden en el corazon, como la gente á la salida de un teatro, encontrarán aquí á cada paso la expresion exacta y concisa de sus propios sentimientos. Muchos dirán: «¡Qué bien dice el autor lo que tan bien he sentido yo!» Y ¿cómo no ha de apreciar el público un libro que le parecerá escrito por él? Este es, á mi pobre juicio, el triunfo más completo del poeta lírico. Después de publicar Becquer sus admirables *Rimas*, que han hallado eco en todas las almas, y Nuñez de Arce sus robustas inspiraciones, que ya saben de memoria todas las personas de buen gusto, la poesía que consiste en la pulcritud, en el *aseo*, por decirlo así, de los versos, ha muerto ya y está enterrada para siempre. En literatura, la forma y el fondo son lo que en la humanidad el cuerpo y el alma; el cuerpo es la hermosura, el alma la bondad, y ésta, sólo ésta, es inmortal. Si aquél sobrevive en las obras del ingenio, es porque todo se vuelve *alma* en ellas, como en el hombre cuando traspasa el umbral terrible de la insondable eternidad.

¿Será esto querer sostener que las poesías de Campo son perfectas? Nada más léjos de mi ánimo. Acercáranse más á la perfeccion y estarian, tales como son ellas y la índole del talento poético de su autor, más léjos de la belleza artística. El lector encontrará en las *Impresiones* estilo frecuentemente incorrecto, versos flojos y desaliñados, imprudencias de asunto y de frase, falsedad y contradiccion en los juicios; todo mezclado y compensado con bellezas de primer orden, de esas que saltan á la vista del lector ménos perspicaz, como ciertas mujeres hermosas, de provocativa belleza, se nos entran por los ojos, atrayéndonos con sus miradas.

Campo, que posee una facilidad, á veces lamentable, para expresar sus pensamientos, paga á menudo una licencia poética, que pudiera haberse excusado, con mil primores; á la manera (y perdóneseme lo vulgar de la comparacion por lo que tiene de expresiva), á la manera del niño que promete á su madre no salir de casa en todo el domingo si le perdona media hora de escuela para ir á bañarse al rio con sus compañeros... donde de milagro no se ahoga y de seguro se resfría.

Otra ventaja hay en los versos de Campo: rara vez deja de acudir la inspiracion á su llamada. Para nuestro amigo, es siempre la poesía una amante esposa que se entrega con tranquila felicidad á su marido: nó la pobre mujer que fuerza un soldadote brutal y feroz.

Campo, esto no se puede negar, canta tan á menudo lo que siente como lo que no siente, y creo en conciencia que él mismo no lo distingue: el poeta cantará siempre mejor lo que cree sentir que lo que siente en realidad... ¡Ay! Si expresáramos bien lo que á veces sentimos, ¿qué poeta no sería gran poeta? La verdad del sentimiento no logra nunca salir por entero del corazon: ha echado en él raíces: al exterior brotan únicamente las ramas, ¡y éstas son tales que parecen árboles! Campo escribió indudablemente la hermosa poesía que me hace la honra de dedicarme (una de las más defectuosamente bellas de la coleccion) un día que habia sostenido una discusion con un clérigo carlista, enterándose del asesinato legal de Reus y leído algun tratado de filosofía

alemana...

Pero aquí han terminado mis observaciones sobre su libro. En literatura, divido yo los críticos (¡cuántas veces me han dividido y me dividirán ellos á mí!) en dos clases. Pertenecen á la primera los que acogen sin prevencion, con benevolencia, las primeras obras de un jóven, saben y comprenden lo difícil que es ponerse, sólo ponerse, en el camino de la perfeccion artística, y censuran lo malo sin acritud, ensalzan lo bueno con expansion, y hacen con el principiante en tan difícil carrera lo que el hábil doctor con el enfermo de que se encarga: lo animan, lo confortan, le prescriben el régimen más propio para su restablecimiento, y le hacen confiar en la conquista de la salud.

Pertenecen á la segunda clase, los críticos para quienes todo es malo, para quienes nadie sabe nada, para quienes nadie debe escribir; que vierten hiel sobre las primeras ilusiones de un alumno de las Musas, que mutilan sin piedad sus composiciones, ensañándose en ellas con tanta fé como alevosía, como cristiano contra moro. A éstos no les llamo yo críticos, sino verdugos de los que en tiempos de triste recordacion atenaceaban el cuerpo, sacaban los ojos y cortaban las orejas á los delincuentes... todo con el objeto de decidirlos á la enmienda.

Sin ciencia ni entendimiento para lo primero, me encuentro con demasiado buen corazon para lo segundo, y dejo el libro de mi amigo querido á los que de una clase y de otra no faltan en nuestra república literaria: á los primeros se lo abandono con alegría y confianza; á los segundos... por fuerza se lo entrego.

IV.

Llego aquí fatigado, jadeante, como el que ha hecho una larga jornada, con gusto, pero con precipitacion excesiva, y conozco que he dicho muchas impertinencias, algunas verdades, y varias cosas que podria haber reservado para mejor ocasion... Sin embargo, ya es costumbre (y costumbre mala, de difícilísimo destierro por lo tanto) que al frente de toda nueva publicacion vayan unas cuantas páginas escritas con el objeto de que nadie las lea: Campo ha puesto empeño en que el prólogo de sus versos lleve mi firma; yo he dejado hablar por cuenta propia al corazon y á la fantasía: y comprendiendo, aunque algo tarde, que mi prólogo podria carecer de interés, por lo ménos, una reflexion me consuela de todas las demás. Si el prólogo no se ha de leer, más vale que sea mio que de una persona autorizada.

CÁRLOS COELLO.

INTRODUCCION

MELANCOLÍA.

Yo padezco, lector, frecuentemente,
 --sin que sepa la causa verdadera
 ni si es cosa del cuerpo ó de la mente,--
 una tristeza amarga, que inclemente
 me domina, me rinde y desespera.

La sangre que en mis venas comprimida
 caminaba en raudal impetuoso,
 parece detenerse en su carrera,
 y sin calor, sin fuerza, empobrecida,
 se desliza con paso perezoso
 como si en mí la vida se extinguiera.
 La luz no hiere con su lumbre pura
 mis ojos apagados

donde ántes su fulgor resplandecía,
y á través de una niebla siempre oscura
miro la alegre claridad del día.

No hay eco que hasta mí llegue distinto,
ni idea que despierte mi entusiasmo;
no hallo placer que excite en mí el instinto,
ni dolor que me saque del marasmo.
Dios, la gloria, el amor, la patria, el arte,
ídolos de mi ardiente desvarío,
sólo me inspiran pesaroso hastío;
que parece domar mi sér inerte
la calma precursora de la muerte.

Un remedio á mi mal buscando en vano,
ya me siento al piano
y recorro con mano perezosa
las teclas de marfil de uno á otro extremo,
modulando en su marcha caprichosa
extrañas melodías
en las que siempre va del alma parte,
llenas de extravagantes fantasías,
sin hilacion, sin formas y sin arte,
brillantes una vez y otra sombrías;
canto salvaje que mi mente eleva
sin que el arte lo cubra con su manto,
que el viento nunca lleva
á donde yo lo envío;
notas de una oracion ó de un lamento
que nadie escuchar quiere,
y que van á perderse en el vacío
ignoradas y solas,
como el grito del náufrago que muere
en el rumor de las revueltas olas.

Ya el exánime cuerpo abandonando
á la extraña inaccion que le avasalla,
los tristes ojos á la luz cerrando,
sin que la voluntad le oponga valla,
dejo á mi pensamiento libre vuelo;
mas de un sueño imposible en pos se lanza,
y vaga en loco anhelo
de un recuerdo á un dolor ó á una esperanza,
de una idea á otra idea,
sin conseguir hallar lo que desea.
Ya queriendo fijar mi pensamiento,
sobre el blanco papel la mano puesta,
expresar con palabras mi ánsia intento;
y comienzo novelas y canciones,
y poemas, y dramas, y cien cosas
que no pasan jamás de tres renglones.
Fragmentos que conservo en mi cartera,

que leo con el alma estremecida,
 porque en esos fragmentos está entera
 la historia de mi vida.

Mas todo en vano: ni en los dulces sonos
 de la rica armonía,
 ni en las anchas regiones
 donde mi pensamiento desvaría,
 llenas de luz, de amor y de belleza,
 puedo encontrar alivio á mi tristeza.

Si vuelvo á Dios el ánimo contrito
 y piedad de mi pena le demando
 con humilde fervor y acento blando,
 el aliento maldito
 de la duda cobarde y acerada
 á envenenar mis pensamientos viene,
 y en mis labios detiene
 Una oracion apenas comenzada.

Vuelvo entónces los ojos á la tierra
 y de mí se apodera horrible espanto
 al ver los séres que en su seno encierra.
 Unos con rabia atroz, otros con llanto,
 alzan al cielo punzador gemido,
 y el de unos en el de otros confundido,
 en concierto infernal, que crece y crece
 como el mar al alzarse enfurecido,
 hacen llegar sin tregua hasta mi oído
 un grito de dolor que me enloquece.

Por fin, tras largas horas
 de ignorado martirio, el mal se aleja
 trocándose en hondísima amargura
 que ya nunca me deja.

Entónces, á mi afan suelto la llave
 y escribo, sin pensar adquirir gloria
 ni de fama ó de títulos ansioso,
 --que esa ambicion en mí fuera irrisoria.
 Escribo, como llora el desgraciado,
 como canta el alegre; porque el pecho
 es para el hondo sentimiento estrecho
 y se desborda el duelo ó la alegría,
 ésta con expansiva carcajada,
 aquél en una lágrima sombría.
 Escribo sin buscar otra ventura,
 sin anhelar más precio á mis canciones
 que desahogar un poco mi amargura.

No busques pues, lector, en mí al poeta
 ni al hablista galano,

ni al pensador severo:
 Dios me negó favor tan soberano
 y yo que fiel su voluntad venero,
 á mi modesta inspiracion me allano.
 Dotes tan altas, ni fingirlas puede
 el mortal á quien Él no las concede.

Mas no por eso cesará mi canto,
 que en el concierto inmenso,
 de la tibia mañana
 que la dulce y alegre primavera
 con aromas y flores engalana,
 del grillo entre las yerbas escondido
 el ingrato chirrido,
 se une al canto de amores regalado
 del _pardo ruiseñor enamorado_,
 y al zumbido monótono y constante
 del insecto infeliz, el tierno arrullo
 de la tórtola amante
 y del arroyo el plácido murmullo;
 y de unos en la de otros confundida
 la voz, ésta apacible, aquélla ingrata,
 forman, por atraccion desconocida,
 el himno poderoso de la vida
 que en los aires fermenta y se dilata.

¿DÓNDE ESTÁ?

¡Oh! sí: para vivir, yo necesito

lucha, esperanza, amor.
 Los instantes de dicha y de abandono,

ciclo de la pasion;
 la duda inquieta del desden fingido,

tormento abrasador,
 que con lágrimas baña las pupilas

y de ira el corazon;
 el tembloroso afan de la respuesta

y del primer favor;
 el nervioso delirio de los celos,

que turba la razon.

.....

Mas ¿dónde hallar una mujer que sepa

comprender mi dolor?
 ¿Dónde encontrar una mujer, esclava

del mismo afan que yo?
 ¿Una no habrá en el mundo que me escuche,

que sienta así el amor?
 ¿Una no habrá en el mundo, que me quiera

mentir por compasion?

¡SOLO!

Solo... Solo... Siempre solo,
 siempre solo con mis penas!
 Solo mientras dura el dia,
 solo en la noche serena,
 solo cuando pienso en Dios,
 solo al pensar en la tierra,
 solo cuando canto alegre,
 y solo con mi tristeza!...
 Solo siempre... Mas ¿por qué,
 esa soledad eterna?
 Es ¡ay Dios! que el alma mia
 no ha hallado su compañera,
 y siento que me hace falta
 la mitad de mi existencia;
 es que soy un pobre loco,
 ó la humanidad entera
 es ménos buena que yo,
 y que su maldad me aterra;
 es que el mundo me rechaza,
 ó que mi alma le desprecia,
 porque en él, ¡ay! no ha podido
 encontrar su compañera.

Es que yo adoro las lágrimas
 y el mundo se rie de ellas;
 es que es mi ambicion muy grande
 ó que mi alma es muy pequeña:
 es que siempre, combatido
 por encontradas ideas,
 fluctúa mi pensamiento
 por que la verdad no encuentra;
 es que no tengo la fé
 del mártir ni del poeta;
 es que todos mis dolores
 son despreciables miserias
 que no levantan el ánimo
 y que las fuerzas enervan;
 es que anhele un imposible,
 delirio de mi tristeza;
 es que me falta un apoyo
 á que asir mi mano trémula;
 es ¡ay Dios! que el alma mia

no ha hallado su compañera.

Es que me siento vencido
 en esta lucha suprema,
 y no hallo un amante seno
 donde apoyar mi cabeza,
 y á cuyo tibio calor
 resuciten mis ideas;
 es que veo, á mi pesar,
 cerradas todas las puertas,
 y sólo me ofrece asilo
 la muerte... Quizás en ella,
 al otro lado del manto
 que la eternidad nos vela,
 mi alma que triste y doliente
 su camino hace en la tierra,
 podrá conseguir su anhelo:
 encontrar su compañera.

ÁNSIA.

Y qué ¿de esta inquietud jamás postrada,
 de esta lucha sin tregua que en mí siento,
 de este loco y altivo pensamiento,
 ¿no habrá de quedar nada?--¡Nada!!--¿Nada...
 La pobre flor en el pensil tronchada,
 deja sus hojas y su aroma al viento;
 la ola al besar la playa, su lamento
 deja, y la linda concha nacarada.
 Yo tambien dejar quiero mi memoria;
 aunque agostado como débil lirio,
 quiero esculpir mis huellas en la historia.
 Quiero que un día el mundo con delirio
 orne mi tumba con laurel de gloria...
 Laurel de gloria, ó palma de martirio.

SÚPLICA.

¡Ay Dios! ¿No quereis decirme
 dónde la podré encontrar?
 Largos días há, su huella
 busco con ardiente afan...
 Yo quiero verla un instante...
 Un instante nada más.
 Yo ahogaré en mi pecho el grito
 de inmensa felicidad
 que al volverla á ver de nuevo
 el amor me arrancará.
 Yo la dejaré camino
 viéndola, triste, pasar
 sin pedirle una sonrisa
 que calme mi ardiente afan.

Yo me esconderé en la sombra
 cual medroso criminal...
 No buscaré su mirada...
 Su voz no me arrastrará...
 La veré como un delirio
 irrealizable y fugaz...
 Mas... quiero verla un instante,
 un instante nada más.
 --Por Dios, ¿no quereis decirme
 dónde la podré encontrar?

DIOS.

Lucha tenaz; mi espíritu se aterra,
 y en vano busca el insoluble arcano
 tras de el que en pos, el pensamiento humano,
 riñe consigo mismo cruda guerra.
 ¡Dios! ¡Un tiempo tirano de la tierra!
 ¡Terrible agitador del Oceano
 que sumerge azotándola inhumano
 la pobre nave que en su seno encierra!
 Mas nó; los elementos obedecen
 sólo una ley, y ante ella, cual el suelo,
 los infinitos mundos se estremecen.
 Mintió quien en tu sér forjó su anhelo...
 --Mas... ¿por qué mis pestañas se humedecen
 al levantar los ojos hácia el cielo?

SOMBRA EN LA LUZ.

I.

A mi ruego tenaz por fin rendida,
 ella, oculta en la sombra, me esperaba,
 y yo, de orgullo y gozo el alma henchida,
 buscándola, en la sombra caminaba.

Sólo la tibia luz de las estrellas
 mis pasos alumbraba:
 su pálido fulgor me parecía
 aún más alegre que la luz del día.

II.

Al dejarla, sus tintas de oro y grana
 esparcía en el cielo la mañana,
 y cuando el sol se alzó en el horizonte,
 pensando en la victoria
 que al dulce amor debía,
 yo no sé qué sentía
 que en medio del recuerdo de mi gloria
 triste la luz del sol me parecía.

Á CÁRLOS COELLO.

NOSCE TE IPSUM.

¡Rey de la creacion, hombre! Despierta.
 Sál del letargo en que sumido vives,
 abre una vez á la verdad tus ojos,
 si á resistir su luz tu vista acierta.
 Despierta contemplando los despojos
 de tu pobre grandeza,
 mezquino sueño de tu sér soberbio.
 Despierta con presteza,
 baja del trono de oropel y harapos
 que rico solio en tu locura crees.
 Suelta el cetro de caña con que riges
 el engañoso mundo que posees,
 y sombras vanas con afan diriges.
 Deja caer la máscara arrogante
 con que encubres tu bajo pensamiento
 de bien y de grandeza vergonzante.
 Hipócrita insensato,
 que de soberbia en insondable abismo,
 en tu loco arrebató
 te mientes la grandeza áun á tí mismo.

¡Ah! no es ciego extravío
 la fuerza poderosa que arrebató
 la templada razon, y se apodera
 del pensamiento mio.
 Nó; no es la duda ni la envidia artera,
 no es la fiera afliccion de la amargura,
 ni el débil grito del herido esclavo.
 La envidia mata, si la duda altera,
 la amargura tan sólo el llanto funde,
 la cobardía besa al que la azota.
 Yo vivo y pienso, y, al error atento,
 del tirano el poder no me confunde
 ni doblego á su antojo el pensamiento;
 pues sé que ante la voz conmovedora
 de la santa verdad, en su flaqueza
 caerán, sobre su asiento mal seguros,
 como de Jericó los anchos muros,
 sus sueños, su poder y su grandeza.
 Y esa verdad sus alas me ha prestado,
 á su cielo de luz me ha conducido,
 y ora desesperado,
 ora preocupado ó divertido,
 al ver el hombre desde allí he llorado,
 y volviendo á mirarle, me he reido.

Envidia ó egoismo; ese es el hombre
 por más que luce en disfrazar su anhelo

con un hermoso nombre.
 Llama amor al deseo disoluto
 á que rinden tributo,
 sin la inmundada torpeza á que él se entrega,
 el ave, el pez, el bruto,
 la misma flor inmóvil que despliega
 su cáliz á la brisa y al rocío.
 Llama ambicion á la locura ciega
 que tenaz le persigue hasta en sus sueños
 sin que olvido ó reposo se demande,
 no por ser él más grande,
 sino por ver á los demás pequeños.
 Llama equidad á la ruín codicia,
 llama heroismo al crimen más sangriento,
 saber á la malicia,
 redencion al tormento,
 y á la venganza bárbara, justicia.
 Ciencia al enmarañado laberinto
 en que su limitada inteligencia
 se pierde errante sin hallar salida;
 alma á su ciego instinto,
 al vil temor prudencia,
 fé al fanatismo ciego,
 ley al hierro homicida,
 y á la inaccion estúpida, sosiego.
 Caridad á la dádiva avarienta,
 migaja de su mesa suntuosa,
 que presta, haciendo cuenta
 de recobrar crecida
 de la mano potente y dadivosa
 de un Dios que se ha forjado en otra vida.
 Y se cree un sér grande porque siente
 afectos que orgulloso diviniza,
 cuando acaso los miente.
 ¡Amor de patria! dice, imaginando
 que es privilegio la atraccion sagrada
 que hace al ave viajera
 amar á la enramada
 donde elevó su voz por vez primera,
 donde pasó el estío,
 donde vuelve á anidar la primavera.
 ¡Razon! exclama con acento grave,
 y aún blanquean al sol en la llanura
 las osamentas de cien mil soldados
 que asesinó su bárbara locura;
 el paso de la fiera muchedumbre
 aún destroza la miés de la campiña,
 y cadáveres mil ensangrentados
 alimentan las aves de rapiña.
 ¡Arte!... Tal vez tan sólo ese deseo
 es en él verdadero y grande y puro...
 Tal vez... Mas, ese mismo sentimiento,

¿no es acaso el altivo desvarío
de hallar de Dios el ignorado asiento,
adivinar su imagen escondida,
sorprender su existencia en un momento,
y robarle el secreto de la vida?

LA VUELTA.

--Cuando tras tanto penar
llegas, cubierto de gloria,
á gozar de la victoria
al amor de nuestro hogar,
dime: ¿Qué negro pesar
turba, hermano, tu alegría?
¿Qué negra melancolía
te entristece á nuestro lado?
--¡Ay, Julián! ¡Que me ha olvidado
la mujer que yo quería!

--Hijo, ¿y por eso abatido
al dolor te rindes ciego?
¿Perdiste el valor y el fuego
con la sangre que has perdido?
¿Lloras?... Mas dime, ¿qué ha sido
del valor que yo sentía
cuando tus cartas leía
ansioso y entusiasmado?
--¡Ay, padre! ¡Es que me ha olvidado
la mujer que yo quería!

--Hijo: tu dolor me mata,
ven y reposa en mi seno,
de amor para tí está lleno,
en él tu llanto desata,
¿Qué te importa si una ingrata
de sus brazos te desvía?
Toda es tuya el alma mía,
reposa en mí confiado.
--¡Ay, madre! ¡Que me ha olvidado
la mujer que yo quería!

¡REBELDÍA!

No, ya no quiero consolar al triste,
ni con mis manos enjugar su llanto:
ya mi alma, endurecida, se resiste
hasta del bien al goce sacrosanto.
Ya el dolor me arrebató y desespera,
sin que consuelo á la paciencia pida:
ya aborrezco el dolor... ¡el dolor, que era
la ilusión más hermosa de mi vida!
Espíritu rebelde, á Dios me atrevo,

y de su fé rompiendo ya los lazos,
 como reproche, ante sus ojos llevo
 de mi alma destrozada los pedazos.
 Si al escuchar mi queja en la agonía,
 de la lucha feroz al fin rendido,
 me echa en cara mi osada rebeldía,
 yo le podré decir: «Tú lo has querido.
 Tú me marcaste de la vida el paso,
 tú un cuerpo débil para mi alma diste:
 si era para el licor frágil el vaso,
 ¿por qué no lo cambiaste ó lo rompiste?
 ¿Dónde está tu justicia, que no acudes
 un remedio á aplicar á los dolores
 del que siente la fé de las virtudes
 y el gérmen del amor de los amores?»

.....

¡Ah, no sabeis vosotros, desdichados,
 que acaso oís riendo mis gemidos,
 los momentos de angustias ignorados
 que guardan estas letras escondidos!
 Con los años de vida que se aleja,
 una ilusion tras otra desaparece,
 y hasta el rastro de fuego que en mí deja
 tambien año tras año palidece.
 Una sola, no más, conservo entera,
 refugio fiel donde mi fé se escuda,
 y esa ilusion bendita, la postrera,
 hoy viene á arrebatármela la duda.
 ¡Dios! ¿Dónde está? Mis ojos le veían
 en un tiempo feliz, yo no sé donde;
 pero siempre encontrarle ellos sabían...
 ¡Hoy no le encuentro ya! ¿Dónde se esconde?

A...

Suave el dorado virginal cabello,
 puros y azules los rasgados ojos,
 blanca la tez, enrojecido el labio,

lánguido el talle.

¡Cuántas bellezas por mi mal nacidas!
 ¡Cuántos tesoros, para mí vedados!
 Tiemblo, mujer, al recordarte ausente,

tiemblo y suspiro.

¡Sabes que sólo gozo cuando sueño
 (cuando en mí la existencia se interrumpe!)
 al dar mi mente á los recuerdos vida,

sér á tu imágen!

¿Sabes amar, sin esperar siquiera
¡triste placer! que tu pasión conozcan?
¿Sabes llorar... pero llorar de celos?

¡Ay! no lo sabes.

Sigue, sigue inocente tu camino,
piensa una vez, y compadece al triste;
ruede una vez por tu sereno rostro

lágrima ardiente.

Y cuando al seno de la madre tierra
vuelva tu cuerpo, en mármol convertido,
unjan tu frente de olorosas flores

suaves aromas.

Tiemble al contacto de la forma pura
dándole abrigo, la feliz arena,
muera yo luego, y del sepulcro frío

repose al lado.

EL ANOCHECER.

La tarde muere; la sombra
se extiende por todas partes,
y con el día concluyen
los gorjeos de las aves.
Sólo alguna que tardía
cruza tristemente el aire,
á buscar allá en la aldea
nido donde refugiarse,
exhala un débil gemido
triste, dulce, inexplicable;
tal vez un adiós al día
que no volverá á alumbrarle,
tal vez murmullo de pena
al verse sola y errante.
Y pasa cual leve bruma
que en sí misma se deshace,
y entre la sombra se pierde
desvanecida su imágen.
Calla la naturaleza
que, también del día madre,
enmudece en la agonía
de la moribunda tarde.
Y el religioso silencio
del triste y supremo instante,

deja inmóviles y mudas
 á las hojas de los árboles,
 que, embebecidas, esperan
 que la noche les ampare,
 ó vuelva á lucir el día
 para volver á besarse.
 Llegan en alas del viento
 melancólicos cantares,
 y el eco de la campana
 que á un tiempo en la aldea tañen...
 Y es que los hombres tambien
 al ver el día alejarse,
 sienten la misma tristeza
 que los campos y las aves,
 y cantan ó rezan...--¡Ay!
 ¡quién pudiera acompañarles,
 y cantar con los dichosos
 y orar con los miserables!

Á UNA LÁGRIMA.

Rueda, bañando mi mejilla helada,
 lágrima temblorosa y vacilante;
 pára al tocar mis labios un instante,
 y refresca su piel seca y quebrada.
 Contigo va de la mujer amada
 el último recuerdo delirante;
 contigo va de mi ambicion gigante
 la ilusion ántes muerta que soñada.
 Mas no sigas... Detente... Si supieras
 que al sentir en mis labios tu frescura,
 me dá vida el dolor, te detuvieras...
 Tánta es la hiel que en tí mi labio apura,
 que tornándose dulce el mar, pudieras
 tú sola devolverle su amargura.

NUBE DE VERANO.

Iba cayendo el día,
 y ella y él, caminito de la fuente
 que entre los olmos murmurar se oía,
 marchaban vivamente;
 ella lloraba y él palidecía.
 Y con ira creciente
 los dos se denostaban,
 y «aleve» el uno al otro se llamaban,
 apurando el atroz vocabulario
 que tiene el amoroso diccionario
 para tales combates, precursores
 de más estrecha paz cuanto mayores.
 Ella, con las mejillas cual la grana
 y cortada la voz por cien suspiros,

llorosa le decia
 llena de rabia insana:
 --«¡No te he querido nunca, no te quiero!»--
 Y él tambien, á porfía,
 --«Tampoco yo te quiero»--le decia.
 Y al cabo, tantas cosas se dijeron,
 un odio tan eterno se juraron,
 que uno y otro su paso detuvieron
 y sin decirse adios, se separaron.

Tambien moria el sol al otro dia,
 y ella y él, caminito de la fuente
 que entre los olmos murmurar se oia,
 iban pausadamente;
 ella lloraba y él se sonreia.
 Él, con ánsia creciente,
 --«Me quieres, vida mia?»--le decia;
 y ella, alzando la frente,
 donde el santo pudor resplandecia,
 le miraba á los ojos fijamente,
 y mil veces--«¡Te quiero!»--repetia.

EFECTO DE ÓPTICA.

Porque no te veia,
 una vez maldiciendo, otra llorando,
 la vista dirigia
 á la arboleda umbría,
 sólo de rui señores habitada,
 que, la intensa pradera atravesando,
 termina en el umbral de tu morada.
 Ya se iban apagando
 del ciclo azul los tornasoles rojos...
 Yo, el rostro contrayendo
 de rabia y de dolor, cerré los ojos
 y... ya nunca te aguardo maldiciendo.

EL ÁGUILA.

Alza su vuelo el águila altanera
 ráuda cruzando pueblos y naciones,
 y hace con sus despojos y pendones
 arco triunfal á su triunfal carrera.
 Tiembla aterrada y muda Europa entera
 por su acerada garra hecha girones
 desde las frias, árticas regiones,
 hasta la Italia donde el sol impera.
 Quiere herir al Leon envanecida,
 mas, de su roja crin tendiendo el pelo,
 su zarpa clava en ella y cae vencida.
 Duda, vacila alzándose del suelo
 al sentirse en Bailén de muerte herida,

y abate en Waterlloo su incierto vuelo.

DESEO.

Eras tú: mi deseo adivinaba
 tus rojos labios, tu mirar de fuego,
 de tu amor las histéricas caricias,
 el ardiente perfume de tus besos.
 Eras tú, que surgías en mi mente
 envuelta entre la niebla de mis sueños,
 radiante y bella, cual la luna surge
 del horizonte entre el celaje denso.
 Eras tú, realidad de una quimera,
 demonio tentador, terrible y bello,
 que venía á encrespar con la tormenta
 de mi existencia el mar triste y sereno.
 Al eco de tu voz, como las olas
 se elevan hostigadas por el viento,
 despertando del tímido letargo,
 se elevaron en mi alma cien recuerdos.
 Sentí la vida en mis hinchadas venas
 cual lava ardiente discurrir de nuevo,
 y esperanzas, y dichas, y temores
 germinar en mi oscuro pensamiento;
 aspiré de la dulce primavera
 áuras y aromas en el triste invierno;
 la existencia encontré fácil y hermosa
 y de morir me abandonó el anhelo;
 me sentí renacer cuando ya estaba
 para el amor y la esperanza muerto,
 bajo la enorme losa de la tumba
 que levanté para mi amor primero.
 El fantasma dorado de la gloria,
 el de fortuna deshechado empeño,
 ante mis ojos, por su brillo atónitos,
 plácidos otra vez aparecieron.
 Tímido como el niño adolescente,
 te persigo doquier; y hallarte espero,
 cual el que sueña dichas y dormido
 á sí mismo se guarda el dulce sueño,
 temiendo, al despertar, todo el encanto
 de su delirio contemplar deshecho.
 ¿Quién eres? ¿Quién á mí te ha conducido?
 ¿Acaso el ánsia de carnal deseo?
 ¡Ay de mí! No lo sé, que aún no te he hablado;
 aún si mientes ignoro... y ya lo temo.
 No es el instinto el que hácia tí me arrastra,
 más noble es la pasión con que yo sueño;
 pero ¿qué importa si una impura llama
 á pesar tuyo te calcina el pecho?
 Yo tengo para tí raudal sin fondo
 de casto amor y nobles pensamientos,

y al enlazar mis manos con las tuyas,
 al oprimir tus labios con mis besos,
 el perfume de amor que mi alma llena,
 trocará el vil calor en santo fuego.
 Beberás ese amor en mis miradas,
 lo absorberás al respirar mi aliento,
 te lo transmitiré cuando mi mano
 acaricie amorosa tu cabello.
 Te envolveré en su atmósfera divina,
 como en nube de aromas y de incienso,
 despertaré tu corazón dormido,
 te volveré al amor y al sentimiento.
 Tú acaso pagarás con la sonrisa
 mi amor sin mancha, aspiración del cielo;
 yo lloraré, mi bien, y tantas lágrimas
 ablandarán tu loco menosprecio.

.....

¡Y al fin me olvidarás! Llegará un día,
 en que acaso con odio nos veremos...
 ¡El deseo en tu ser se habrá extinguido!
 ¡Este amor que me inspiras habrá muerto!

¿POR QUÉ?

¿Por qué? Yo te he cubierto con mis besos;
 el párpado suave, el fresco labio,
 la blanca frente y el nevado pecho,
 tu garganta, tus rizos y tus manos...
 ¡Todo, de amor en el delirio ardiente,
 mis dedos con afán lo acariciaron!
 Y tú, rendida al ruego, y al instinto
 que en el hombre engendró quien le ha creado,
 beso por beso, loca me volviste,
 buscando, al esconderte entre mis brazos,
 oprimiéndome á un tiempo con los tuyos,
 tu cabeza en mi pecho sepultando,
 camino de llegar hasta mi alma
 para buscar en ella tu retrato,
 ó el fuego de la llama abrasadora
 del amor y el placer ¡crímenes santos!
 Y fundidos en uno nuestros seres,
 sin idea del tiempo ni el espacio,
 sin que tanto placer y dicha tanta
 pagara ningún hombre con su llanto,
 secreto como el génesis del mundo,
 grande, amada mujer, como el espacio,
 creamos un momento de ventura
 de nuestra vida en el trascurso amargo.
 Momento que era un mundo... ¡cuán distinto
 del mundo miserable que habitamos!
 Todo era amor y dicha, saturada
 con la miel regalada de tus labios.

.....

 ¡Y tal felicidad era un delito!
 ¡Tanta dicha, mujer, crimen nefando!
 ¡Por qué? Yo no lo sé; pero es un crimen...
 Por tal el mundo entero lo ha juzgado...
 ¿Qué importa? Yo desprecio su sentencia,
 y en tus caricias y en tu amor soñando,
 sólo sé que me arrastras en pos tuyo,
 sólo sé que eres bella y que te amo.

EN EL ÁLBUM DE ELISA.

Nacida bajo el sol de Andalucía,
 bella, jóven, discreta...
 ¡Dios mio! ¡Cuántas cosas te diría

si fuese yo poeta!

Y aún sin serlo, mirándome en tus ojos,

de inspiracion venero,
 á Byron y Petrarca diera enojos...

si estuviera soltero.

Mas ¿qué quieres, Elisa, que te diga,

si, aunque de mente inquieta,
 no soy, por mi desgracia, hermosa amiga,

soltero ni poeta?

DEBILIDAD.

Me sentía morir, y quise verla,

darle mi maldicion;
 y... vino... y ví sus ojos, y... le dije...

«¡Que te bendiga Dios!»

AYER.

«¡La amo!» yo me decia
 loco, embriagado en su recuerdo hermoso,

y «¡la amo!» repetia.
 ¿Dónde se fué el ensueño venturoso

que en su amor me forjé?
 Fué no más vago sueño mentiroso;

hoy me digo: «¡la amé!»

Á UNA ROCA.

A través de los siglos que han pasado,
 inmóvil en tu asiento;
 bañada por el mar desenfrenado
 que ruje turbulento
 ó seca por el viento
 que azota tu semblante descarnado,
 miras llegar tranquila
 la ola hirviente que rugiendo avanza,
 se recoge al llegar, duda, vacila
 y contra tí con ímpetu se lanza.
 Choca, gime, se rompe, y agitada
 te envuelve con furor en densa bruma,
 y murmurando, vuelve al mar cansada
 dejando su impotencia en tí marcada,
 dolor y rabia, lágrimas y espuma.

.....

¿Y estarás siempre así, muda y sombría,
 recostada en la arena?
 Es imposible. Nó; llegará un día,
 que acaso en el reloj del tiempo suena,
 en que la fuerte mano
 del hombre llegue en tí á posarse ardiente,
 y entónces, á su impulso soberano,
 una existencia en tí quizás aliente.
 Entónces, ya con vida,
 tal vez tu masa para el mundo sea
 muro de una prision aborrecida,
 humilde signo de potente idea.
 Tal vez tendrás un nombre;
 tal vez, deshecha en trizas,
 serás estatua que eternice un hombre,
 pobre losa que guarde sus cenizas.

EL ÚLTIMO AMOR.

¿Lloras, mirando deshecho
 el encanto embriagador,
 que, de la vida al calor,
 engendró en tu tierno pecho
 el primer sueño de amor?

¿Lloras, por siempre perdida
 tu esperanza más querida,
 y la dicha y la ilusion
 ardiente de la pasión,

aureola de la vida?

¡Entornas tus negros ojos,
que oscuro círculo abraza,
y contraes tus labios rojos,
llenos de penas y enojos,
de dolor y de amenaza!

--¡Que ese amor era el primero!
--¡Que no hay otro verdadero!
Triste error, yo te lo digo;
escucha mi acento amigo,
que yo consolarte quiero.

Tú amarás; mil y mil veces
libarás hasta las heces
de amor la inmensa ventura;
ese llanto, esa amargura
él te pagará con creces.

¿Sabes cuál es el amor,
profundo, arrebatador,
por el que ese olvidarás;
pensamiento roedor
que no se olvida jamás?

El último; amor nacido
con el doliente gemido
de la juventud cercana
que se aleja, y que mañana
por siempre se habrá perdido.

Ciega y ardiente ambicion
que nada apaga en el mundo,
que arranca del corazon
la suprema convulsion
postrera del moribundo.

¿Y sabes, de esos amores,
cuál dá tormentos mayores;
¿Cuál, si la esperanza muere
en quien realizarla quiere,
causa más vivos dolores?

¿Cuál llena nuestra memoria
sin consuelo que le cuadre?
¿Cuál es de la vida historia?...
Para los hombres, la gloria;
para la mujer, ser madre.

Á LA SEÑORA

DOÑA TEODORA LAMADRID

DESPUES DE ADMIRARLA

EN LA REPRESENTACION

DEL DRAMA

«LA LOCURA DE AMOR.»

Necio fuera, señora, en tal momento,
 rebuscando un concepto pretencioso
 digno de honrar sujeto tan glorioso,
 esforzar el indócil pensamiento.
 Permitid que, de tal martirio exento,
 vuele desatinado y caprichoso
 para expresar cuán grande, cuán hermoso
 es el placer que al escucharos siento.
 El ánimo os persigue embebecido,
 altérase el aliento acompasado
 y el corazon redobla su latido;
 una lágrima ensancha el pecho ahogado,
 surge, tiembla en el párpado encendido
 y cae... ¡Al alma se la habeis robado!

ILUSION.

Columpiarse veíala en mis sueños
 al blando soplo de la dulce brisa,
 y llegaba su voz hasta mi oído

clara y distinta.

Veíala en las nubes de la tarde
 dibujarse cual vaga fantasía,
 aspiraba su aliento en los aromas

que el viento me traía.

Sentía su contacto léjos de ella,
 y al sentirlo, mi sér se estremecía,
 y cerraba los ojos para verla

más clara y más distinta.

Conversaba con ella, en inefable
 dulce coloquio, como en otros días;
 mirábala llorar de amor, y loco

sus lágrimas bebía.

.....

Creía verla, entrándome en su alma,
 pura como mi amor, pura y bendita;
 creía que me amaba y que era buena...

¡Y era mentira!

REALIDAD.

Triste, marchita y harapienta y sola,

ocultando su faz
con extraño rubor, casi á mi lado

hoy la he visto pasar.
Al mirarla, mi sangre ha detenido

su curso natural;
he sentido la angustia de la muerte...

No he podida llorar.
¡Ella pobre, marchita, sola y triste!

¡Oh! ¡Cuánto sufrirá!
¡Ella, que ayer en régias bacanales

consumia su afan!
El vicio y la impureza la han manchado

arrugando su faz...
¡Dios mio! Al verla así, ¿cómo no puedo

áun dejarla de amar?

RESIGNACION.

Cúmplase mi destino; yo no quiero
luchar ya más contra la adversa suerte;
el negro porvenir tranquilo espero,
puestas mis esperanzas en la muerte.
Siento que ya mis fuerzas agotadas,
que mi mente, serena en otros días,
las unas por mis penas enervadas,
la otra presa de horribles fantasías,
ya nada oponen al terrible embate
de ignota maldicion, que me persigue.
Ya no espero vencer en el combate:
¿qué fuerza habrá que á combatir me obligue?
Si es que merezco tal rigor, lo acato;
quede vengado el crimen cometido:
si es injusto placer de un Dios ingrato,
goce en mi mal; ni compasion le pido.
Yo volveré mis ojos anublados
por un dolor mayor que mi arrogancia,
no á los cielos sin nubes y azulados
donde un Dios me mostraron en la infancia;
yo de mi alma llevaré el desvío

viendo á los hombres de pesares llenos,
 y buscaré, para consuelo mio,
 remedio no á mi mal, á los ajenos.
 Mi adios he dado sollozando y triste
 del amor á los goces inefables;
 ya la mujer que idolatré no existe
 sino en mis pensamientos implacables.
 Ellos me la retratan bella y pura
 como la flor al despuntar la aurora...
 --¡Sarcasmo horrendo! ¡Bárbara impostura!
 ¿Dónde estará la pobre pecadora?

.....

Gloria, poder, serena paz del alma,
 tambien con su pureza habeis huido,
 y del mártir y el héroe la palma
 por siempre con vosotras he perdido.
 Ya ni gloria, ni amor, ni bien espero;
 y á tanto de mi suerte el odio alcanza,
 á tanto llega su castigo fiero...
 ¡que me deja vivir sin esperanza!
 Tal vez pensó la mano misteriosa
 que así á un suplicio eterno me condena,
 que al ver perdida mi ilusion hermosa,
 al verme entre las sombras de la pena,
 en justo desagravio del martirio
 que en un infierno convirtió mi vida,
 ciego, iracundo, presa del delirio
 fuese á buscar el arma del suicida...
 ¡Ah! nunca; suya fué la atroz sentencia
 que, dócil al capricho de mi suerte,
 me libró, sin pedirlo á la existencia,
 y ella no más ordenará mi muerte.
 Ella hará que este sér su afan soporte
 cercana viendo la entreabierta tumba,
 ni tan valiente que su vida corte,
 ni tan cobarde que al dolor sucumba.
 Como en la oscuridad busca el que ciega
 alivio de su bárbara fortuna,
 yo buscaré la paz que se me niega
 de mi propio dolor en la amargura.
 Veré pasar en juvenil cortejo
 tantos dichosos que envidiar debiera,
 y hallaré en su alegría algun reflejo
 del tiempo en que tambien dichoso era...
 ¿Envidiarlos?... ¿Por qué? ¡Yo me divierto
 ahogando en sus murmullos mi agonía...
 ¡Si aunque ellos la perdieran, sé de cierto
 que para mí su dicha no sería!

¡SE VAN!

¡Se van! ¡Qué triste me quedo!
 Apenas vencerme puedo,
 que, oprimido el corazón,
 infunde al alma aflicción
 con los fantasmas del miedo.

¡Se van! A mi pobre nido
 silencioso y escondido,
 no podrá prestar amor
 el dulce y tibio calor
 de su aliento bendecido.

Va á faltarle la armonía
 de sus gritos de alegría,
 de su voz, timbre de plata
 que la inocencia retrata
 y que inunda el alma mía.

¡Te has roto, dulce cadena!
 ¡Ay! En la noche serena
 le faltará á mi contento
 el murmullo de su aliento
 que arrulla y duerme mi pena.

¡Se van! Cual la golondrina
 que el frío invierno adivina,
 y guiando sus hijuelos
 breve y fugaz, por los cielos
 buscando la luz camina...

Mas luégo vuelve ligera
 cruzando la azul esfera,
 de amor su sér todo henchido,
 á buscar el mismo nido
 al volver la primavera.

.....

Sí; cuando de gozo henchido
 oiga el canto bendecido
 de vuestra voz hechicera,
 será también primavera
 para nuestro pobre nido.

Á LA MUERTE.

¿Temes, acaso, que al sentir tu mano,
 tiemble asombrado el ánimo cobarde,
 y se estremezca el alma recelosa?
 Te engañas. ¡Temor vano!
 ¿Crees que te hablo en arrogante alarde,
 que la mente medrosa
 desmiente con terror? ¿Piensas acaso,

que sabiendo que Dios únicamente
 puede cortar de la existencia el hilo,
 me rio de tu saña? ¿O que sintiendo
 robusto el cuerpo, el ánimo tranquilo,
 desprecio tu impotencia?
 ¿O que á grave dolencia
 rendido, busco en tí el alivio ansiado?
 Mas... ¡ah! Tal vez sospechas
 que abatido, sin fé, desesperado,
 sin calor en el alma, y ya deshechas
 mis ilusiones de ventura y gloria,
 busca en tí el alma herida que padece
 la sola realidad que el mundo ofrece.
 Te engañas: ni en mi pecho tiembla el miedo,
 ni confiado en Dios te reto osado;
 y si el cuerpo abatido,
 por males y dolores combatido,
 la dulce paz de tu retiro anhela,
 el alma nó, que con distinta suerte,
 busca el cuerpo reposo, el alma vida,
 y reposo no más hay en la muerte.
 La frialdad con que el sepulcro hiela
 no puede codiciarla quien ansioso
 busca luz y calor, lucha y victoria.
 Si el corazon medroso
 teme hallar la verdad, porque al hallarla
 tal vez encuentre el mal, necio sería
 si en tí buscara alivios y consuelo,
 pues hartó sé por desventura mia,
 que tú hieres la paz y la alegría
 y eres sorda á la voz del hondo duelo.

.....

No: te busco y te temo.
 Te busco, como busca el peregrino
 un lecho hospitalario
 donde reposa un día
 para seguir al otro su camino.
 Te busco, porque eres
 el «más allá» que loca el alma ansía
 cuando, al morir el día,
 miro ocultarse el sol detrás del monte,
 ó cómo se confunden
 el mar y el cielo allá en el horizonte.
 Te temo porque ignoro lo que ocultas,
 mi mente no lo alcanza,
 y temo al encontrarme entre tus brazos,
 rotos por tí los mundanales lazos,
 perder en ellos mi última esperanza.
 Temo que con mi cuerpo dolorido
 muera también mi idea;
 temo que el alma sea un sér fingido,

que sólo polvo, como el cuerpo, sea.

RECUERDOS.

Suelto el cabello en desatados rizos,
 que en caprichosas ondas
 sobre tu espalda mórbida se tienden,
 velando y no cubriendo sus hechizos;
 entornados los ojos, que se encienden
 absorbiendo el placer con sus miradas,
 tus hermosas mejillas sonrosadas
 por el calor intenso
 de la pasión ardiente;
 entreabierto el labio sonriente,
 y en lánguido abandono reclinada,
 altiva recordando
 con la mente inflamada,
 los pasados momentos de ventura,
 la idea de otros mil acariciando
 que guarda para tí lo venidero...
 ¡Qué hermosa estás así! ¡Qué feliz eres!
 ¡Cuántos tesoros guardas codiciosa!
 ¡Qué ignorados placeres
 promete tu mirada cariñosa!
 ¡Oh! pero... escucha y dí: ¿ya no te acuerdas
 de aquella niña hermosa é inocente,
 encanto de mi loca fantasía?
 ¿Acaso no recuerdas
 su tibia y pura frente?...
 Toca la tuya... ¿No es aquella?... ¿Abrasa,
 y no es ya trasparente como aquella?...
 Mas ¿qué importa si es bella?
 ¡Sigue escuchando, sigue!...
 ¿No recuerdas sus ojos apagados,
 grandes, suaves, serenos...
 --No me mires...-- Los tuyos, entornados,
 de brillo y pasión llenos,
 son más hermosos... pero ya han perdido
 la tranquila mirada que lucía
 en la niña inocente que amé un día.
 ¿Has dado ya al olvido
 aquellos labios rojos y brillantes,
 frescos y húmedos siempre,
 como la rosa que mojó el rocío?...
 ¿Por qué tocas los tuyos, amor mío?
 ¿Están secos? ¿Qué importa?... ¿Queman tanto?...
 No te aflijas por eso.
 Es el calor de la pasión ardiente,
 que les da nuevo encanto...
 ¡Qué! ¿no recuerdas que me has dado un beso?
 Mas deja que te cuente
 cuánta locura me forjé de niño;

deja que haga volver á mi memoria
el delirio sin fin de aquel cariño.

Deja que te retrate
mis ensueños de gloria,
deja que su recuerdo me arrebate.

.....

Mira: tanto llegué á quererla un día,
tan loco y ciego estaba,
que donde quiera que su pié ponía,
su dulce huella con afán besaba.
Absorbía el aroma de su aliento;
sueño constante de mis sueños era;
su hermosa imagen en mi ser vivía,
y al sentir su contacto,
de temor y placer me estremecía.
Y guardo en mi memoria mil cantares
que yo la oía, ó que escuché con ella;
recuerdo con anhelo los lugares
donde la ví una vez; y hasta las flores
que su mano cuidaba, me han dejado
recuerdo de su aroma y sus colores.
Todo me la recuerda: el mar, la tarde,
la luna con su luz vaga y dudosa;
la primavera tibia y perfumada;
la brisa juguetona y misteriosa;
la noche oscura, el abrasado estío;
el murmullo fugaz de la enramada;
hasta de Dios la idea poderosa,
funde con ella el pensamiento mío.
¡Oh! ¿por qué ha de pasar así la vida?
¡Cuánto, amor mío, diera,
porque aquel tiempo y mi niñez volviera!
Yo imaginaba... ¡loco desvarío!
que acaso un tiempo fuera tan dichoso
que junto á mí la viera
unida en santo lazo, y me forjaba
verla en mi hogar, partiendo mi destino,
que mi nombre sus labios bendecían,
que «hija mía» mi madre la llamaba,
y que «madre» mis hijos la decían...

.....

¿Lloras? Tu corazón he destrozado...
--¡Si tú supieras lo que yo he llorado!...

¡YA NO!

Ya pasaron los días,
ya pasaron las horas de ventura
en que al mirarme, amante sonreías
con infantil ternura.
Ya ha borrado la mano del olvido
mi nombre de tu mente,

ya no busca tu oído
 el tierno halago de mi voz ardiente.
 ¡Ya no piensas en mí! Ya cuando al cielo
 vuelves los claros ojos,
 pides calma á tu duelo,
 no paciencia á mi queja y mis enojos.
 Ya cuando pinta el éter la mañana
 con brillantes albores,
 no corres presurosa á la ventana,
 porque yo no la adorno con mis flores.
 Ya al esquivar el celo con presteza
 de importuno testigo,
 no vuelves la cabeza
 á ver si yo te sigo.
 De otros sitios respiras el ambiente
 que yo no he respirado...
 Ya no temes jamás entre la gente
 que pase yo á tu lado.
 Los goces que soñé en mis desvaríos
 puede decirme otro hombre que son suyos...
 ¡Tú tienes hijos ¡ay! y no son míos!...
 --¡Yo los tengo también, y no son tuyos!

¡IMPOSIBLE!

Niégame el sueño su apacible olvido,
 y el solo pensamiento de mi mente,
 el eco solo que mi oído siente,
 es de tu dulce nombre eco querido.
 Si al fin de la velada, ya rendido,
 busco el descanso, mi cerebro ardiente
 forja sueños de dicha sonriente,
 y siempre va tu nombre á ellos unido.
 Mas ¿cómo en él no pensaré despierto?
 ¿Cómo sin él soñar cuando dormito,
 ávido el pecho á la ilusión abierto?
 ¿Cómo no recordar su eco bendito,
 que hace santo mi loco desacierto,
 si aquí, en mi corazón, lo llevo escrito?

Á MI BUEN AMIGO

ANDRÉS RUIGOMEZ.

LA GUITARRA.

¡Cuánto sueño de gloria!
 ¡Cuánta esperanza
 despiertan en mi mente los acordes
 de la guitarra!

La luna se esparcía
sobre la playa,
el mar, dormido, con su blando arrullo
la acariciaba,
y léjos, de la brisa
vagando en alas,
se escuchaban los sonos misteriosos
de la guitarra.

Yo, trémulas las manos,
trémula el alma,
llevando entre mis brazos á la hermosa
mujer amada,
iba siguiendo el ritmo
de alegre danza
que modulaban las cadencias dulces
de la guitarra.

Y tras de muchos años,
muchos, de amarla,
por la primera vez á sus oídos
mi voz llegaba;
mi voz, que, balbuciente
y entrecortada,
se confundía con las notas trémulas
de la guitarra.

Y pasaron los años
cual todo pasa,
y aquel amor inmenso que escondido
llevo en el alma,
parece que despierta
con nueva llama
cuando escucho las vagas armonías
de la guitarra.

Y la voz engañosa
de aquella ingrata,
y el murmullo del mar, que se dormía
sobre la playa,
y la emoción inmensa
que me agitaba,
todo me lo recuerdan los acordes
de la guitarra.

¡Oh! Si acaso algún día,
ciego de rabia,
hacia el crimen ó el mal, con torpe paso
llevo mi planta,
haz tú, Señor, que escuche
para pararla
uno de esos acordes misteriosos

de la guitarra.

Y tú, mujer, que hoy ciega
 tu virtud manchas,
 tú, que fuiste adorada cual ninguna
 por pura y cándida,
 dime: ¿No te sonrojas,
 no sientes nada
 al escuchar las vagas armonías
de la guitarra?

JUNTO Á LA CUNA.

—¿Cómo duerme! ¡Chist!... ¡Silencio!
 no se despierte mi niño.—

¡Qué hermoso está! Se sonríe
 con un gesto tan tranquilo...
 Revueltos sobre la frente
 de su cabello los rizos,
 descubierta la garganta,
 cuyo cútis cristalino
 dibujan de azul las venas
 y hacen mover los latidos,
 su blanca manita oculta
 por el redondo carrillo...
 todo en él es inocencia,
 parece un ángel bendito.
 Ganas me dan de besarle...
 Si estuviera bien dormido...
 ¿Despertará?... Por un beso...
 ¡Qué placer! ¡Dulce amor mio!
 —¡Ay! ¡se mueve!... ¡Chist!... ¡Silencio!
 no se despierte mi niño.—

Ya se sosegó, ya vuelve
 á sus labios bendecidos
 la sonrisa; ya respira
 como hace poco, tranquilo.
 ¡Ay! no respiraba así
 cuando estuvo tan malito.
 ¡Qué pálido estaba entonces!
 Flaco, los ojos hundidos,
 ¡y una mirada tan triste!
 Aun me dan escalofrios
 de pensar en aquel tiempo.
 ¡Oh! ¡Cuánto sufrí, Dios mio!
 Luégo, aquel llanto tan débil
 que parecía un gemido...
 Si volviera á estar así...
 Si se muriera... ¿Qué he dicho!
 ¡Hijo de mi corazón!

.....
 No te enfades, hijo mio.
 Es claro, ¡le beso tanto!
 ¡Y él, que estaba tan tranquilo!
 _¡Ya reposa!... ¡Chist!... ¡Silencio!
 no se despierte mi niño._

¡Bah! voy á dejarle solo
 para que duerma... ¡Angel mio!
 ¿Se queja?... Sí... Nó; es que sueña.
 ¡Ay qué gesto tan bonito!
 Mas ¿qué es eso? ¿Se despierta?
 Nó; pero ¡qué es ese ruido?
 Agita sus labios rojos...
 ¿Será verdad lo que he oído?...
 Otra vez... ¡Ah! sí; mamá,
 mamá, no hay duda, eso ha dicho.
 ¡Me llama!... ¡Bendito seas!
 ¡Una y cien veces bendito!

 Mas ¡ay, Dios! va á despertarse...
 ¡Que he de hacer siempre lo mismo!
 _Vaya; no guardéis silencio:
 ya se ha despertado el niño._

EN EL ÁLBUM DE MERCEDES.

¿ESTAMOS CONFORMES?

Cuentan profundos doctores
 que hubo otros tiempos mejores
 --yo no sé cuándo sería--
 en que el hombre en paz vivía
 sin penas y sin dolores.

Yo, Mercedes, imagino
 que esto es cuento y nada más,
 pues del mundo en el camino,
 de ese tiempo peregrino
 ninguna huella verás.

Mas, cuando me lo dijeron,
 pensando en los que vivieron
 aquella edad de ventura,
 exclamé con amargura:
 «¡Qué desventurados fueron!»

¿Te ries? La risa ten,
 hasta que oigas los informes
 que mis ideas te den;
 verás, si lo piensas bien,
 que al cabo estamos conformes.

Primavera es la ventura,
triste invierno es el dolor
sin brisas y sin ventura;
pero en medio de ese horror,
tiene tambien su hermosura.

Que si aquella tiene flores
y calor, vida y amores
y crepúsculos serenos
de santo misterio llenos
y aromas, luz y colores,

éste, con distinta suerte,
tiene el hielo caprichoso,
el silencio de lo inerte,
el misterio del reposo,
la majestad de la muerte.

Pero si el sol su semblante,
rasgando la niebla oscura,
muestra en el cenit radiante,
su luz parece más pura,
su calor más penetrante.

Así, cuando el alma ahogada,
en sí misma retirada,
gime, presa del dolor,
la dicha ménos ansiada
parece mucho mayor.

¡Dolor! Palma bendecida,
del martirio prenda cierta,
sola verdad conocida,
sin tí el alma no despierta
y es imposible la vida.

Sin tí no hay inspiracion,
y agostado el corazon
en nada descubre encanto;
sin tí no existiera el llanto,
bálsamo de la afliccion.

El placer de más valía,
al llegar á poseerlo,
cual humo se desharía:
porque ¿qué valor tendria
sin el temor de perderlo?

Sólo por mi desconsuelo
vuelvo los ojos al cielo;
sólo del dolor en pós,

el alma eleva su vuelo
hasta la idea de Dios.

El que le maldice, yerra;
fuera insensato matarlo;
en su desconsuelo encierra
el mayor bien de la tierra,
que es el poder consolarlo.

Y cuando acaba el amor
y la mente envejecida
pierde frescura y calor,
¿qué fin tendría la vida
si no quedara el dolor?

Tú, Mercedes, que has sufrido
y has llorado y has sentido,
después de oír mis informes,
piensa en lo que me has oído
y dime: ¿estamos conformes?

Á MI ANTIGUO AMIGO

ADOLFO MALATS.

LA CONCIENCIA.

PROBLEMA.

I.

Juana, pobre mujer envilecida,
que arrastrando su espíritu en el cieno,
pasó la triste vida
vendiendo por amor letal veneno;
cabeza hermosa, donde de seguro
no brotó nunca pensamiento puro,
y que ignorando el bien que poseía,
vendía, por un poco de dinero,
en público mercado,
el placer más inmundo, si es vendido,
el mayor y más dulce, si es ganado;
próxima al duro instante
de la triste agonía,
á un padre confesor agonizante
con anhelosa voz así decía:
--«Padre: yo de mis culpas me arrepiento
»y pido á Dios perdón de mi impureza;
»miradme bien al rostro, que no miento.»
Y levantando la cabeza en tanto,
fijaba sobre el fraile macilento
una mirada de ansiedad y espanto;

y al ver que nada el fraile le decia,
 con ansiedad creciente proseguia:
 --«Él sabe bien, y me lo tendrá en cuenta,
 »que del vicio en la senda siempre impura,
 »aun cuando de placeres avarienta,
 »tan sólo me ha tocado la amargura.
 »¿Qué es el mayor tormento, comparado
 »al pesaroso hastío del pecado?»
 Y vertiendo de lágrimas un rio,
 seguía con acento sofocado:
 --«¡Ay! ¡He sufrido tanto, padre mio!»
 Alzándose convulsa, en vano abría
 sus ojos, ya sin brillo,
 y olvidándolo todo, descubría
 el pecho descarnado y amarillo
 que hinchaba el estertor de la agonía.
 --«Acaso Dios me señaló en la cuna»
 (siguió con voz oscura y misteriosa)
 «la senda de mi vida vergonzosa;
 »me negó la virtud y la fortuna,
 »y en cambio me hizo hermosa.
 »Tal vez de mi impureza el desvarío
 »habrá sido castigo de otros seres...
 »Más de una vez, detrás de su desvío,
 »noté... ¿podreis creerlo, padre mio?
 »¡Noté que me envidiaban las mujeres!...
 »Quizás mis muchos yerros han servido
 »á Dios, para mostrarles de otra suerte
 »lo espantoso del vicio en que he caido;
 »y mis faltas quizás ha permitido
 »para dar el ejemplo de mi muerte.»
 Y así diciendo, la infeliz gemía
 entre la duda y la esperanza ansiosa
 al ver que nada el fraile le decia;
 y en aquella mujer, un tiempo hermosa,
 con su horrible piedad, desvanecía
 de la muerte la calma silenciosa
 la horrible agitacion de la agonía.

II.

En tanto que así Juana se acababa,
 cerca de allí, sobre otro pobre lecho
 de aquel santo hospital, que cobijaba
 la pobreza y el mal bajo su techo,
 tambien un hombre viejo agonizaba,
 y en una cruz muy tosca, de madera,
 como si algun secreto le dijera,
 los turbios ojos con afan fijaba.
 Aquel santo varon, de alma tan pura
 como la blanca nieve de sus canas,
 que al cabo de una vida de amargura,

consumida en virtudes sobrehumanas,
 iba á llevar de Dios á la presencia
 cual la de un niño pura su conciencia,
 piensa profundamente
 que es esa dicha demasiado grande
 para poder lograrla fácilmente;
 y aún cuando su alma cándida le abona,
 y aunque la llama de la fé le escuda,
 siente que la esperanza le abandona
 nublada por las sombras de la duda.
 Y por esa, fijando su mirada
 en aquella cruz tosca de madera
 enfrente de él en la pared colgada,
 mientras la muerte su semblante altera
 así piensa en su mente, casi helada:
 --«Yo no hice á nadie mal; nunca en mi vida
 »en mí venció al deber pasion alguna,
 »y al bien y á la virtud con ánsia ardiente
 »mis fuerzas consagré desde la cuna.
 »La oracion y el ayuno, rudamente
 »á la carne rebelde han amansado,
 »y ha sido de mi vida en el pasado
 »mi orgullo la humildad, mi lecho el suelo,
 »mi amor el bien y mi ambicion el cielo.
 »Mas por cuidar del alma, he descuidado
 »el cuerpo á mi custodia confiado,
 »y devuelvo á la tierra sus despojos,
 »por rudas penitencias macerado,
 »blandas las carnes y los nervios flojos.
 »Yo, del caudal de fuerzas en mí unidas
 »para crecer al riego del trabajo,
 »sin pensar que mi vida era cien vidas,
 »que nada creó Dios que inútil sea,
 »enamorado loco de una idea
 »he dejado los gérmenes secarse
 »sin cumplir su mision, comun á todo,
 »de crecer, dar el fruto, y trasformarse...
 »Justo será el castigo, aunque severo...
 »¡Tu mandato, Señor, olvidé impío!
 »¡En vano de mi afan el logro espero!
 »Culpable soy... ¡Perdon! ¡Perdon, Dios mio!»
 Y al elevar sus ojos á la altura,
 una lágrima, mundo de amargura,
 cae de sus ojos á sus labios yertos;
 suspira, un nombre y un adios murmura,
 y queda con los ojos entreabiertos.

III.

¡Qué cosa tan extraña es la conciencia!
 Juana, la mujer loca
 que, con dura y tenaz impenitencia,

vivió de la impureza en los horrores,
 sus inmundos errores
 como descargo de su culpa invoca...
 ¡Y al mismo tiempo, el justo
 que consagró á su Dios el pensamiento,
 con alma temerosa y juicio adusto
 hace de la virtud remordimiento!

AMOR Y RESPETO.

Te ví niña: tus labios sonreían
 con infantil placer,
 tu blanca frente, inmaculada y pura,
 sonreía también;
 en tus ojos brillaba la inocencia
 santa de la niñez,
 y te seguí tenaz con la mirada,
 tu mirada busqué,
 porque el rostro de un ángel de los cielos
 en tí creía ver.

Te ví mujer: tus ojos entornados
 con dulce languidez,
 en su cristal ardiente, retrataban
 tus sueños de placer;
 cien ofrendas de amor los hombres todos
 postraban á tus piés,
 y te seguí tenaz con la mirada,
 tu mirada busqué,
 y largos días en delirio ardiente
 tu imagen recordé.

Te ví madre: tus pálidas mejillas,
 sonrosadas ayer,
 en ignoradas horas de amargura
 marchitó el padecer;
 acaso sus colores te robaba
 quien te debía el sér,
 acaso el ciego amor te consumía
 que tú pusiste en él.
 Yo te amaba, y al verte, silencioso
 de nuevo te adoré,
 y, temiendo que el paso detuvieras...
 humilde me aparté.

A UN AMBICIOSO.

No te envidio el poder ni la grandeza,
 ni el nombre que á grabar vas en la historia,
 ni el ardiente placer de la victoria,
 ni el laurel con que ciñes tu cabeza;
 no te envidio el placer, ni la riqueza,

ni las horas de triunfos y de gloria,
 que eternas deben ser en tu memoria
 si han de aliviar tus horas de tristeza.
 Ciega se ceba en mí la desventura,
 soy pobre, y sólo espero ya en la muerte,
 mas arrostro sereno la amargura;
 pues contra ella una cosa me hace fuerte
 que vale más que toda tu ventura:
 un alma resignada con su suerte.

AL PRÍNCIPE DE NUESTROS CRÍTICOS,

Á MI RESPETABLE AMIGO

EL SEÑOR DON MANUEL CAÑETE.

MEDITACION.

Hundo en el polvo la soberbia frente
 que, cual reto orgulloso,
 erguida un día, levanté á la altura;
 pára asombrado el corazon valiente
 su latido anheloso,
 y la vista que ayer al sol miraba,
 hoy se clava en la tierra
 temerosa y sombría.
 ¿Y qué poder me aterra?
 ¿Qué causa hubo tan fuerte que ha vencido
 el salvaje valor del alma mia?
 Una idea no más; una palabra
 que el viento ha hecho llegar hasta mi oído
 ignorando el pesar que me produce.
 ¡Dios! ¡Idea infinita,
 imposible verdad, tonante dueño
 de cuanto en el vacío
 cruza, bulle y se agita
 arrastrado en continuo movimiento!
 ¡Dios! ¡La fuerza que crea
 cuanto concibe el hondo pensamiento;
 la mano que aniquila indiferente
 para crear de nuevo... ¡Oscura idea!

Yo creía en un Dios cuando era niño;
 con santa unción su nombre pronunciaba
 durmiéndome con él entre los labios;
 Él era quien me daba
 tranquilo sueño y plácidas visiones,
 Él también quien mis cortas soledades
 guardaba de terror y apariciones.
 Padre amante, curaba cuidadoso
 los males que en mi seno se escondían,
 y guardaba piadoso

la vida de mis padres,
que conmigo su nombre bendecian.

Despues, con mis ideas trasformado,
tambien en él creí. Yo le veia
entre las vagas nubes que colora
el sol que presta su matiz dorado
á la primer sonrisa de la aurora;
la armonía solemne,
grave, dulce y pausada,
que encanta los sentidos
en la tarde serena
de luz, de aromas y de cantos llena,
era su voz; el rayo su mirada;
el ronco trueno, el ruido de su carro
que cruzaba el Empíreo;
su suspiro la brisa;
su espejo el ancho mar; su manto el cielo,
y el sol esplendoroso su sonrisa.

Y en una y otra edad le comprendia,
sentia su presencia en el ambiente
que el pecho respiraba...
¡Ah! tambien hoy le siente
mi sér al agitarse entre la duda,
pero en las sombras del temor se escuda
y en vano busco su mirada ardiente;
porque mi entendimiento limitado
recorre con afan de una á otra idea
el campo estrecho que le dió el destino,
y nunca llega al límite anhelado
sin caer en grosero desatino.
¡Vano afan! Pensamiento equivocado.
¿Cómo medir con la ligera copa
que el labio apura en solo un movimiento
la inmensidad del mar?... ¡Y solicito
medir con el pigmeo pensamiento
la idea sin igual del infinito!...

A MI HIJA MARÍA.

LA PLEGARIA POR TODOS.

(Traduccion de Víctor Hugo.)

FRAGMENTO.

Ora pro nobis.

Vé á rezar, hija mia. Mira: la noche llega,
un planeta dorado allá su luz despliega,
la bruma de los valles se extiende por doquier;

apenas por la sombra cruza algun peregrino,
 todo busca reposo; del árbol del camino
 el viento de la tarde hace el polvo caer.

El crepúsculo, abriendo la noche por Oriente,
 hace brillar los astros con claridad creciente,
 descolora el ocaso su franja de carmin;
 sobre el agua, el reflejo de los astros se mece,
 surcos, senderos, bosques, todo se desvanece,
 el pasajero inquieto duda por dónde ir.

El día es para el dolo, el mal y la fatiga.
 Recemos. Vé la noche. ¡La noche, dulce amiga!
 De la torre en las grietas el viento gemidor,
 las aguas, los rebaños con su voz agitada,
 todo sufre y se queja; la natura cansada
 necesita reposo, rezo, silencio, amor.

Es la hora en que los niños hablan con otros séres,
 y mientras que corremos tras extraños placeres,
 ellos murmuran todos una plegaria igual;
 y con las manos juntas, de rodillas postrados,
 piden, hácia los cielos los brazos levantados,
 gracia para nosotros al Padre Universal.

Y dormirán á poco; entónces, en la sombra,
 sueños de oro, en alegre tropel que el alma asombra,
 que nacen con los ruidos del día al espirar,
 de léjos atraídos por sus labios de grana,
 cual vuelan las abejas sobre la flor lozana,
 de su lecho en los pliegues se vendrán á posar.

¡Oh sueño de la cuna! ¡Plegaria de la infancia!
 ¡Voz que siempre acaricia del mal en la ignorancia,
 religion que se esparce y sonríe al surgir,
 preludio del concierto que en la noche se exhala!...
 Como el pájaro esconde su pico bajo el ala,
 en la oracion el niño mece su alma al dormir.

II.

¡Vé á rezar, hija mia! Primero por aquella
 que meció tantas veces tu cuna blanca y bella,
 por la que, tú en el cielo, fué á buscarte hasta él;
 y te puso en el mundo, y madre cariñosa,
 por tí haciendo dos partes de la vida azarosa,
 tomó siempre el acíbar y te dejó la miel.

Ruega por mí en seguida. A mí me hace más falta.
 Ella, como tú, aún lleva la frente pura y alta,
 tiene el alma serena y el corazon sin hiel;
 piadosa para todos, ignora qué es la envidia

y sufre resignada el mal y la perfidia
sin pensar en quien lo hace y sin quejarse de él.

Cogiendo sólo flores, nunca su mano hermosa
ha tocado del vicio la copa contagiosa,
ningun lazo la arranca al amor y al hogar;
en su clemencia olvida pasados extravíos...
ignora qué son esos pensamientos impíos
que pasan por el alma cual sombras por el mar.

Ella ignora--que siempre lo ignores, hija mía,--
las miserias del mundo con que el alma se enfria:
placeres, vanidades, vergonzoso dolor,
pasiones, locos sueños de mentida ventura,
recuerdos misteriosos de tédio y de amargura
que hacen subir al rostro la llama del rubor.

Yo sé más de la vida, y yo podré decirte,
cuando crezcas, y tenga, por tu mal, que instruirte,
que perseguir el arte, la gloria y el poder
son locura y mentira; que al tocar la victoria
se encuentra la vergüenza en lugar de la gloria,
y que el hombre en la lucha suele el alma perder.

Viviendo, el alma duda, y aunque en todo se siente
el fin supremo claro, visible y trasparente,
se envejece del vicio en negra esclavitud;
el hombre olvida el germen de su origen divino,
que á todos roban algo las zarzas del camino,
su vellon á la oveja y al hombre su virtud.

Vé, pues, y por mí reza; y reza solamente
diciendo á Dios: «¡Tú eres nuestro Padre clemente!
¡Piedad! ¡Tú eres el bueno! ¡Tú eres el inmortal!»
Deja ir la palabra donde el alma la envía.
No te inquietes por ella, todo sigue su vía;
no pienses el camino que ella puede tomar.

Todo tiene aquí bajo marcado el derrotero:
el rio, hasta el mar hondo sigue el curso ligero,
la abeja laboriosa va de la flor en pos;
que tiene su destino todo vuelo que zumba:
el águila á los cielos, el vampiro á la tumba,
la golondrina al nido y la oracion á Dios.

Cuando por mí hasta el cielo su voz vuela ligera,
soy como el pobre esclavo sentado en la ladera,
que al borde del camino deja el fardo cruel.
Me siento descansado, que la carga espantosa
de penas y de errores que agobia mi alma ansiosa,
tu rezo bendecido hace volar con él.

Vé á rogar por tu padre. Pide á Dios me conceda
sueño tranquilo y dulce con que reposar pueda,
que la fé torne viva mi espíritu á inflamar.
Borra todas mis culpas con tu aliento inocente,
y que á su beso quede mi corazón doliente
puro como la piedra del ara del altar.

AL INSIGNE AUNQUE POCO CONOCIDO POETA

DON JOSÉ ANTONIO PAZ.

ÚLTIMO ASILO.

Dime, negra tristeza,
¿no me quieres dejar? ¡Qué desvarío!
¿Cómo apartarte intento
del pensamiento mío,
si contigo nació mi pensamiento?
.....
¡Oh! ¡Qué amarga es la vida!
¡Luchar! Siempre luchar, y nunca llega
el día embriagador de la victoria.
Lucha desconocida,
lucha de muerte, desigual y ciega
en que el pobre habitante de este suelo,
héroe predestinado á la derrota,
cuando su fuerza en el combate agota,
pide favor al cielo contra el cielo.
¡Vida! ¡Horrible quimera!
¡Placer! ¿Dónde encontrarle,
si en medio del placer no se le espera?
El descanso es ansiado
tan sólo cuando el cuerpo está cansado;
agua ansía el sediento;
tener hambre es forzoso,
para que sea ansiado el alimento;
sentirse débil para ansiar la ayuda;
ciego para anhelar el sol hermoso...
y para tener fé, sentir la duda.
¡Placer!... Mentido ensueño,
rayo que presta luz sólo un instante
y deja en pos de sí terrible huella;
que con tenaz empeño,
sigue al amor el pesaroso hastío,
la sordida avaricia á la riqueza,
á la amistad el desengaño frío,
la ambición al poder, y la tristeza
á la expansiva risa del contento.
Mas nó; mi pensamiento
juzga por el presente
y se deja llevar de la amargura...
Recordaré el pasado, que en mi mente

dejó tantos recuerdos de ventura.

Niñez, amor, ensueños encantados,
que murieron cual flores con el día,
vanos fantasmas de placer mentido,
dejando sus recuerdos amargados
por el dolor de haberlos ya perdido.
Y la razón, en tanto, aprisionada,
luchando con la fiebre abrasadora
de la ardiente ilusión, pugnaba en vano
por disipar la nube embriagadora,
cuya letal atmósfera aspiraba
mi pulmon impaciente,
y en él toda mi sangre envenenaba
adormeciendo al corazón valiente...

.....
¿Dónde hallar la verdad?... Tal vez oculta
la tiene el porvenir... ¿Y qué me ofrece?
¡Confusa mezcla de placer y espanto,
que al sondear el alma se estremece!
Promesa y amenaza,
placer que oculta el llanto,
duda cruel, que el alma despedaza.

.....
Sentir el frágil cuerpo deshacerse
al peso de la edad agobiadora,
y caminar con paso vacilante,
mústios los ojos y el cabello cano;
y, buscando un apoyo, á cada instante
¡triste tender la temblorosa mano!
Y cuando destruido y fatigoso
el cuerpo vuelva hácia la madre tierra,
ávido de reposo,
¿qué quedará de mí? ¿Tras de la tumba,
no habrá ya nada más? ¡Oh! sí: tras ella
está la eternidad, dulce consuelo,
que al grito del dolor mis labios sella.
¡Oh muerte! ¡Cuánto tardas! Yo te anhele,
y te espero temblando de alegría.
No más dolor, más quejas ni más duelo.
¿Quién como yo? ¡La eternidad es mía!

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO

EL FÁCIL É INGENIOSO AUTOR CÓMICO

DON MIGUEL RAMOS CARRION.

OTOÑO.

Horas de duda, aborrecidas horas,
apartaos de mí, que ya no os temo

sino en recuerdo, como á mal pasado.
 Fiebres abrasadoras
 que tantas, tantas veces me han postrado,
 en vano el eco mi memoria hiere,
 del angustioso grito
 que hacíais resonar dentro del pecho
 despedazando el corazon marchito.

«Ha muerto tu poder, pobre demente;
 »ya no podrás crear; tu alma gastada
 »sólo el instinto ó la avaricia siente:
 »no te conmueve nada;
 »ni la sonrisa de la vírgen bella,
 »ni del amor la asoladora llama,
 »ni el mar, ni el cielo, ni la fé, ni el mundo,
 »nada deja en tí huella,
 »y duermes con el sueño más profundo.»

Así hacías llegar hasta mi oído
 la voz del desaliento envenenado,
 eco perpétuo en la conciencia mía;
 y yo triste, temblando, dolorido,
 escuchaba ese grito desgarrado,
 que el alma en mil pedazos me partía.
 Yo recordaba el tiempo venturoso
 en que todo en mi sér hallaba un eco,
 que avaro el corazon guardaba ansioso.
 Y al mirarlo ya léjos, engañado,
 la vida de mi mente desechaba,
 y recostando la arrugada frente
 en mi mano convulsa, que abrasaba,
 maldecía el presente
 y, cobarde, lloraba...

¡Como si el árbol que de hermosas flores
 la Primavera plácida engalana,
 las conservára en el ardiente Estío!
 El sol marchita y borra sus colores
 dando al tiempo tributo,
 y tras la flor galana
 hincha su piel el sazonado fruto.

Pasó la juventud, y, al tiempo que ella,
 sus puras emociones,
 flores que ya perdieron su perfume;
 santas é inexplicables emociones
 que, como la tristeza
 que mi vida consume,
 ni explicar puede el labio su grandeza,
 ni comprender su encanto el pensamiento.

Pasó la juventud; llegó el momento

en que el suspiro ardiente
del jóven entusiasta,
eterna aspiracion á un imposible,
se trueque en viril canto
en que lo hermoso de la forma sea,
no la belleza plástica insensible:
cuerpo que encierre el alma de una idea!

Y es porque cada edad tiene marcada
una mision distinta y la huye en vano:
el jóven sueña, el hombre fuerte piensa,
y recuerda el anciano.
Verdad que en la mitad de nuestra vida
la ilusion vagarosa ya se aleja
entre las sombras del ayer perdida;
verdad que ya mi mente no refleja
la plácida frescura
de los años felices; mas ¿acaso,
al ocultarse el astro luminoso
de mi pasada juventud cercana
en el sombrío ocaso
donde aún despide claridad liviana,
murió el fuego sagrado,
la actividad eterna y sobrehumana
que Dios me dió al nacer? ¿No hay en la tierra
nada capaz de enaltecer mi canto?

La patria amada, la nefanda guerra,
la dulce libertad, la ciencia ignota,
de Dios el pensamiento sacrosanto,
del despotismo inícuo la derrota,
la virtud, el valor, la santa idea
de ley y de justicia,
el arte, hijo de Dios, ¿son ménos grandes
que los sueños que el jóven acaricia?

Horas de duda, aborrecidas horas,
apartaos de mí, que ya no os temo
sino en recuerdo, como á mal pasado.
Ya sé que el árbol que de hermosas flores
la Primavera plácida engalana,
no las conserva en el ardiente Estío;
que el sol marchita y borra sus colores,
dando al tiempo tributo,
y, tras la flor lozana,
germina y crece el sazonado fruto.

¡MÁS!

Señor, yo que de bienes en la cuna
pude largos tesoros merecerte,
tal vez para que así fuera más fuerte

el golpe de perder tanta fortuna;
 no te pido, con súplica importuna,
 ni paz del alma, ni tranquila muerte,
 ni que el rigor endulces de mi suerte,
 ni de este pobre mundo dicha alguna.
 Sólo te pido, ahogando mis lamentos,
 por la misma crueldad con que condenas
 un débil sér á bárbaros tormentos,
 que en mí arrojes dolor á manos llenas,
 porque nunca me falten pensamientos
 para cantar tus obras y mis penas.

EN EL ABANICO

DE

MI HIJA MARÍA.

Hija, ¿qué te diría
 que fuera de mi amor vivo traslado?...
 Dos palabras no más; oye: ¡hija mía!
 --¿Es poco?... Al escribirlas he llorado.

Á MI MADRE.

¡Madre! ¡Cuán dulce entre mis labios sueñas,
 oh nombre idolatrado!
 ¡Cuántos recuerdos en mi mente agitas!
 Torcedor y consuelo de mis penas,
 de santa idolatría enajenado,
 he querido mil veces escribirte,
 y mil veces las letras he borrado.
 Porque es tal el respeto y el cariño,
 la adoracion inmensa que en mí siento,
 que, aunque el cielo me dió el dolor por vida
 y sé lo que es sufrir desde muy niño,
 volveria contento
 á empezar esta lucha maldecida,
 si, al ligarme á la tierra nuevos lazos,
 me arrullara tu acento
 al dormirme tranquilo entre tus brazos.

Todos aman la gloria;
 unos por necio orgullo, otros soñando,
 en la mujer que adoran con locura;
 yo nó: si la victoria
 llevo á alcanzar un día de ventura,
 por tí será, que para tí la quiero.
 ¿Quién como tú podría merecerla?
 ¿Acaso no he bebido
 en tu seno purísimo la esencia
 de fé, de amor, de bien y sentimiento

que nutre mi existencia
 y eleva con su savia el pensamiento?
 ¿Acaso no me han dado
 dolor bastante que mi canto inspire,
 tus lágrimas benditas?
 --¡Cuántas por culpa mía has derramado!...
 ¡Ah! Dios las tendrá escritas...

¡Madre! ¡Quiero estampar aquí tu nombre,
 una, y otra, y cien veces, madre mía!
 Cuando niño, encantada en tu cariño,
 tú me enseñaste á pronunciarle; hoy, hombre,
 el hombre adora lo que hablaba el niño.
 El hombre graba en su angustiada mente
 con santos signos la mejor palabra,
 y canta en tus recuerdos inspirado,
 volviendo tristemente
 sobre el tiempo dichoso y ya pasado,
 en que tu amor tan sólo, su amor era;
 amor dulce, sereno, inmaculado
 como el rayo del sol en primavera.
 Y canta y llora; sí, madre querida,
 lloro entregado á sin igual tristeza,
 que el cuerpo y el espíritu, abatidos,
 no pueden desechar; que con la vida
 no ha de acabar aunque con ella empieze;
 pues una voz callada y misteriosa
 resuena en mis oídos,
 y me dice que el alma no reposa.
 ¡Lloro, insensato, y creo
 que este llanto terrible y encendido,
 mísero y solo bien que ya poseo,
 puede pagar el que por mí has vertido!
 Así piensa el avaro
 poder pagar con un puñado de oro
 la dicha de este mundo:
 avaro soy y el llanto es mi tesoro.
 En él mi dicha fundo,
 que cuando con el alma acongojada,
 pobre, impotente, sin amor ni gloria,
 busco ansioso la nada,
 para ahogar mi memoria,
 que altivos sueños del ayer me acuerda
 y el terrible presente me recuerda,
 nada puede calmar esta agonía
 como el amargo llanto
 donde encuentra mi sér vida y encanto.

Madre, sobre mi edad pasará el tiempo,
 vendrán en pos un día y otro día,
 y á calmar mi dolor vendrá la muerte;
 y, acaso, madre mía,

cuando pesada y fria
 caiga la tierra sobre el cuerpo inerte,
 ni un sér querido por mi vida llore,
 ni una oracion por mí, perdon implore.
 Acaso ¡ay Dios! profanen mi memoria
 al ver que no les dejo por herencia
 más que mis sueños de mentida gloria
 y el terrible luchar de la existencia...
 ¡Oh! tú que crees y que en Dios confias,
 tú que sabes rezar, madre adorada,
 dime, por Dios, una oracion; aprenda
 yo de tus labios, como en otros días,
 una plegaria que la fé apagada
 haga en mí renacer... Pero es en vano.
 Ya torna al pecho la perdida calma.
 ¡Tambien yo sé rezar... ¿Sabes qué rezo?
 ¡Tu nombre nada más, madre del alma!

AL DISTINGUIDO CRÍTICO

MI MUY QUERIDO AMIGO

DON EDUARDO DE CORTÁZAR.

MÚSICA CELESTIAL.

Me han contado de un hombre que vivía
 contento únicamente cuando oía,
 ya fuese á una voz sola, ó más, ó un coro,
 ó instrumento sonoro,
 cualquiera melodía;
 daba por una nota el mundo entero...
 Y perdió la afición desde aquel día
 en que oyó á una mujer decir: «Te quiero».

AL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO BARCA.

¿ES VERDAD?

Yo sé, sólo de oidas,
 que hay un monton de libros y de escuelas,
 cuanto más semejantes más reñidas,
 en que hombres que respeta todo el mundo,
 de claras luces y saber profundo,
 uno en forma, otro en sér, otro en esencia,
 todos de Dios discuten la existencia.
 No me lo sé explicar, aunque lo creo.
 ¡Que de Dios pueda un hombre haber dudado!
 Yo, si me siento triste ó angustiado,
 corro al balcon en alas del deseo,

miro al cielo estrellado...
y, no sé cómo es, pero le veo.

AL ILUSTRE AUTOR

DE LAS

DOLORAS Y LOS PEQUEÑOS POEMAS

AL EMINENTE POETA

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR.

¡COSSÍ FAN TUTTI!

Él era un infeliz. Aun conservaba
todos los sueños de la edad primera...
hasta fé en el amor; y así, la amaba
como un demente: con el alma entera.
Ella, docta en las luchas de la vida
--cosas que sólo una mujer entiende
cuando del vicio á los horrores llega,--
sabía que halla paga más subida
una prudente infamia que se vende,
que una loca inocencia que se entrega.
Pero él,--que no creyó ni por asomo
que, oculto bajo un rostro de ángel puro,
hubiera un sér de cieno,--
cuando en su amor vivía más seguro,
la halló con no sé quién, yo no sé cómo,
y haciendo no sé qué, que no era bueno.
Y cuentan,--yo no sé si será cierto,--
que, herido por el duro desengaño,
le vieron discurrir hosco y huraño
buscando siempre el sitio más desierto,
y siempre solo, un año y otro año;
y hasta dicen que ha muerto.

Me es infiel la memoria
y no puedo decir precisamente
quién me contó la historia.
Sólo recuerdo--y con dolor lo digo
pues sé que era un amigo,--
que el que la refería,
--que puedo asegurar era hombre honrado,
ó al ménos todo el mundo lo decía,--
comentando el dolor del engañado,
me lo mostró en la calle, y se reía.

AYER, HOY Y MAÑANA.

A MI ESPOSA.

Ayer, con amor creciente,
 amor que sólo se siente
 de la vida en los albores,
 se unió con lazo de flores
 tu alma pura á mi alma ardiente.

Hoy, con más tranquilo amor,
 dando treguas al dolor,
 unidos en tu regazo,
 nuestros hijos son el lazo
 que al cariño dá vigor...

Que mañana, yo lo anhelo,
 busquen tambien de esta guerra
 juntos reposo y consuelo
 nuestros cuerpos en la tierra,
 nuestras almas en el cielo.

FIN.

End of Project Gutenberg's Impresiones, Poesías, by Jose Campo-Arana

- END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK IMPRESIONES, POESÍAS ***
 - ◆ This file should be named 16319-8.txt or 16319-8.zip ***** This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/1/6/3/1/16319/>

Produced by Afra Ullah, Pilar Somoza and the Online
 Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

- START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you

agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.net/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.net

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or

providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.net), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from

the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies

you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any

money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free

distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. **YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.**

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' **WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.**

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pgla.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 4557 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's web site and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment

of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.net>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.

from <http://manybooks.net/>